

JULIA TYLER



Margarita María Niño Torres

2021

Obra inspirada en la novela 'Jane Eyre' de
Charlotte Brontë. Inglaterra. 1816-1855

JULIA TYLER

ÍNDICE

La familia Tyler.....	3
La vida en la casa del tío Albert.....	6
Seis meses de duelo.....	8
Salida inesperada.....	11
Comienzo de una nueva vida.....	13
Reivindicación.....	15
El plan general.....	17
Una prueba terrible.....	19
Final de la vida escolar.....	21
Contrato como Institutriz.....	25
La familia de Edward Robinson.....	26
Una caída en el hielo.....	31
Fiesta en 'Los Planos de Goldthorpe'.....	35
Una pesadilla atroz.....	41
Final de fiestas.....	44
El plan para el nuevo año.....	47
Una historia complicada.....	48
Fiestas en familia.....	53
Reflexionando sobre posibilidades.....	55
El nuevo año y las nuevas expectativas.....	57
Proyecto en marcha.....	58
Un viaje para pensar.....	60
Tomando precauciones.....	66
Una vuelta importante.....	69
Descubriendo la familia.....	71
Información sorprendente.....	74
Propuesta poco sentimental.....	79
Regreso antes de lo prometido.....	81
El desastre.....	83
Recuperación.....	86
Y... ¡ llegó el futuro!.....	88

JULIA TYLER

Los hechos y personajes de esta novela se ubican en Inglaterra durante la primera mitad del siglo diecinueve de nuestra era. El esquema de conducta de la sociedad difiere un poco del que vivimos en este siglo veintiuno, aunque los problemas procedentes del egoísmo y la ambición siguen siendo causantes de enormes sufrimientos y también de peligrosos desequilibrios.

Toda historia encierra una lección para quien la conoce. Esta sencilla y romántica vida de una joven pobre, demuestra que el valor necesario para triunfar no falta nunca a quienes se inspiran con rectitud y luchan día a día por el triunfo del verdadero amor.

La familia Tyler

El padre de Julia, Jack Tyler, era un granjero en Bradford, al norte de Inglaterra. Jack tenía pocos recursos pero como buen trabajador consagrado a obtener de su granja lo necesario para sostener a su familia, lo lograba.

En un viaje al sur, Jack Tyler de treinta y dos años conoció a Rose Moore de veinticuatro quien era hija de una familia aristocrática de Birmingham. Desde el primer encuentro se sintieron mutuamente atraídos, aunque procedían de muy diferentes medios y sus niveles de educación los hacían aparentemente muy lejanos uno de otro.

A pesar de todas las circunstancias en contra, el suyo fue un romance maduro, lleno de ternura y, desde el comienzo muy en

serio. Ambos miraron su encuentro y mutua atracción como una circunstancia providencial y difícilmente repetible, por lo cual decidieron casarse en el término de unos pocos meses.

El padre de Rose no estuvo de acuerdo con ese matrimonio debido a la diferencia social de las familias, aunque reconoció en Tyler la existencia de las virtudes de un hombre realmente honesto y trabajador, y aportó una modesta suma como dote para su hija.

Jack Tyler fue el menor de los hijos de su familia. Su hermano John era el mayor y tenía seis años más que Jack y su hermana Amelie, la segunda lo sobrepasaba en cuatro. En el comienzo de esta historia, John continuaba soltero y Amelie se había casado ocho años antes con Marvin Smith de quien tenía tres hijos: Marvin el mayor y dos hijas Blanche y Carol. Marvin, desde niño deseaba hacerse sacerdote y viajar a la India como misionero, ideal tomado de las enseñanzas de un religioso que les enseñaba los elementos de la religión anglicana.

El tío John tuvo repetidos disgustos y contradicciones con su cuñado Smith y, después de la muerte de la madre y del matrimonio de su hermano Jack se alejó de la familia.

Jack y Rose recibieron a su única hija, Julia, en su casa campesina de Bradford. Cuando la niña tenía un año, el padre se enfermó seriamente y no pudo trabajar más. Para llevar adelante la vida de la familia y los gastos de la enfermedad del padre se vendió la propiedad. Desafortunadamente Jack murió cuando Julia tenía tres años.

Entonces Rose escribió a su hermano, Albert Moore, único familiar que le quedaba pues el padre de ellos había muerto un poco antes, y él la invitó a Birmingham y le dio para vivir una

casa pequeña que le había quedado dentro de la herencia y que estaba en el centro de la ciudad, un poco alejada de la gran propiedad familiar que se ubicaba en las afueras.

Rose y Julia viajaron a Birmingham con el dinero que pudieron obtener por la venta de las pocas cosas de algún valor que tenían y se instalaron en la casa provista por el tío Albert junto con una modesta asignación mensual.

Puesto que el matrimonio de Jack y Rose se había celebrado en el sur, ninguno de los familiares del padre estuvo presente. Una vez instalados en Bradford, recibieron en una única ocasión la visita de John que era soltero. Poco después viajaron al pueblo en donde vivía Amelie con su familia, antes del nacimiento de Julia y de la enfermedad de Jack, circunstancias que impidieron repetir los contactos. Rose no volvió a ver nunca a ninguno de ellos ni habló de su existencia con Julia.

Durante su infancia junto a su madre, Julia supo por ella cuál había sido el trabajo de su padre y cuánto las quiso a las dos y cómo amaba la lectura y la vida en el campo. En fin, la madre hizo crecer en la niña esos mismos gustos y crear en su mente la imagen de ese amado personaje, mientras la impulsaba hacia la práctica inicial de las virtudes hogareñas y le daba el ejemplo de firmeza y constancia en las cosas que emprendía.

A los seis años Julia comenzó el aprendizaje de la lectura y la escritura y de las operaciones iniciales. Llegó hasta realizar bien pequeñas multiplicaciones. Infortunadamente este período duró muy poco. Julia tenía ocho años cuando murió su madre.

Entonces el tío Albert, a quien Julia y su madre, desde su traslado a Birmingham visitaban regularmente pero siempre por un rato corto, llevó a la niña para que viviera con él y su familia

pues Julia era la única hija de Rose, su única hermana a quien él había querido mucho durante toda su vida.

La vida en la casa del tío Albert

Julia vivió los años siguientes en esa casa grande y muy elegante en el sector aristocrático de la ciudad, en medio de la familia de su tío, sin recibir ninguna manifestación de cariño por parte de la tía y los primos. Simplemente la soportaban por atención al jefe y él de vez en cuando le dedicaba un rato y le llevaba un regalo.

Julia tenía un cuarto para ella en el sector dedicado a las visitas. Procuraba tener todo en orden. Durante el día podía estar en el jardín o en la biblioteca.

La vieja muñeca de Julia creada en cuanto a su esqueleto por su padre, con trozos de madera de cerezo, completada por su madre con un añadido esférico de retazos viejos que formaron la cabeza, otro similar pero aplanado para el tronco y otros alargados que se convirtieron en los músculos y la piel de brazos y piernas. Esta muñeca, envuelta en un trozo grande de una vieja falda, fue el regalo para Julia cuando cumplió dos años y desde entonces su más preciado tesoro. Con el tiempo la madre había remendado y re-acondicionado los desperfectos de la muñequita cuya vista le hablaba a ella del hombre a quien amó tanto y que ya enfermo confeccionó ese esqueleto de brazos y piernas móviles, que se conservaba perfecto. Julia, desde muy pequeña, llamó 'Yaqui' a su muñeca como una derivación infantil del nombre de su padre. Ella hablaba y repasaba con Yaqui lo que iba aprendiendo. Después le leía y le enseñaba a contar...

Con la aprobación clara del tío, Julia podía leer los libros de cuentos que estaban en la biblioteca: En compañía de Yaqui los leía durante largos ratos, encerrada en su cuarto. Sus primas muy bonitas, eran jóvenes de quince y diecisiete años, tenían sus propias amistades y temas de conversación de los cuales ella había sido excluida rotundamente. Su primo un adolescente de trece años, egoísta y orgulloso la despreciaba abiertamente y cuando el padre no estaba cerca le hacía daño fuera con pellizcos o golpeándola con cualquier cosa que tuviera a mano. La tía, por su parte no tenía ojos de madre sino para su 'bebé' al que mimaba, soportaba y perdonaba todo y defendía del padre cuando éste intentaba corregirlo, y a quien creía absolutamente todo lo que decía.

La vida era así. Julia, sin el interés ni el amor de la tía-madre por educarla para ser miembro de la 'buena sociedad', se regía por lo poco que al respecto había aprendido antes de la muerte de su madre y por su propio instinto de supervivencia. En estas circunstancias no se podía decir de ella que fuera una niña encantadora, ni adorable, ni siquiera juiciosa. Era una niña 'fea', salvo por sus muy bellos ojos de color miel, brusca y desconfiada. Las primas la describían como 'rara' y el primo como 'tonta y grosera'. Para la tía era un estorbo, algo que sobraba en todas partes.

Así transcurrieron dos años. El tío sufrió un ataque de apoplejía, del cual los cuidados médicos lograron rescatarlo, pero su salud se resintió tremendamente y entró en un declive muy fuerte.

Entonces Albert Moore habló a su esposa en presencia de Julia, para pedirle expresamente, como su última voluntad al respecto, que cuidara a Julia hasta que la niña llegara a la edad de dieciocho años. Le pidió que se lo prometiera en ese mismo día.

Harriet lo hizo con las palabras: "me comprometo a cuidar de Julia Tyler hasta que tenga dieciocho años". El tío Albert abrazó a su esposa y después abrazó a Julia. Fue la última vez que ella lo vió.

Un mes después del primer ataque vino otro y con ése terminó la vida de Albert Moore, dejando a su rica y encumbrada viuda, Harriet Moore, como guardiana de su sobrina Julia Tyler huérfana de diez años de edad, absolutamente pobre y excluida del testamento que beneficiaría con exclusividad a los hijos de Albert Moore: John, Scarlett y Mary, a la muerte de la madre de ellos.

Seis meses de duelo

En atención a las visitas que llegaron para el sepelio de Albert Moore, la primera modificación en la vida de Julia fue el cambio de su cuarto a otro ubicado en el sector de las habitaciones del servicio. Sus cosas fueron llevadas a la habitación contigua a la de Bessie, la más joven de las criadas. Era un pequeño cuarto en donde apenas cabía la cama, con un tragaluz casi contra el techo y sin posibilidad de mirar hacia afuera. Para acomodar todas sus pertenencias, Julia disponía de una repisa alta en la pared y una caja debajo de la cama. Cuando las visitas se fueron y ella intentó volver a su cuarto anterior, no le fue permitido por condescendencia de la madre a la petición de su hijo John: "Si esa tonta no tiene ni un céntimo y va a comer a costa de nosotros, no merece que le demos un cuarto junto a los nuestros".

Siguió con toda lógica que Julia fue en adelante para los dueños menos que el último de los criados, porque 'no tiene ni un

céntimo y ni siquiera agradece que la generosa señora Moore le dé cobijo en su casa'. Debería vivir agradecida.

Esto lo repetían las hijas, el hijo, los vecinos y hasta algunos de los criados. Y claro que Julia reaccionaba y repetía que su tío era quien había hecho prometer a su tía que la cuidaría. Que esa había sido su última voluntad. Que la voluntad de los muertos debía respetarse. Al llegar ahí, la gente se callaba.

Entonces el recurso fueron los castigos. Si leía un libro sin permiso expreso de John, le era arrebatado y utilizado para golpearla. Si ella se defendía devolviendo el golpe, aparecía la madre para encerrarla y dejarla sin comer un día. Si Bessie trataba de ayudarla o llevarle al escondido algo para comer, corría el riesgo de quedarse sin trabajo.

Así pasaron cuatro meses al final de los cuales Julia había enflaquecido y llegaba a niveles peligrosos de ira, reprimida con castigos. Un día John la golpeó con un libro y le hizo sangrar la nariz. La madre llegó y todos culparon a Julia, la llamaron mentirosa, asegurando que era ella quien primero golpeó a John, y ella furiosa decía que no era cierto. Que ella solamente estaba leyendo un libro. Pero la madre entró en un frenesí de defensa de su pequeño y jalando del pelo a Julia la llevó hasta la habitación 'roja', a la que llamaban así por el color de los cortinajes, habitación que nadie usaba porque en ella había muerto el Jefe de la familia y todos decían que su fantasma se presentaba para castigar a quien se atreviera a permanecer en ella.

Pues la viuda Harriet encerró en ese cuarto a Julia a pesar de las lágrimas y el terror de la niña y la condenó a pasar ahí cinco

horas, para que recapacitara. Salió dando órdenes terminantes a Bessie acerca de la hora en que podía abrir la puerta.

Cuando Bessie llegó, ya era de noche. Abrió la puerta y llamó a Julia. Entró con la vela que traía y vio el cuerpo de la niña en el piso. Bessie dio un grito y salió corriendo a llamar a la señora. Ella bajó con toda su majestad y cuando vio a Julia dijo: 'mentiras, solo mentiras, como todo lo de ella', luego le dijo a Bessie que si quería podía llamar al médico que atendía a los sirvientes...

Bessie envió rápidamente al cochero para que trajera al doctor Lake. Mientras tanto se dedicó a friccionar las manos y los pies de Julia, a golpear suavemente las mejillas de la niña, a llamarla una y otra vez. Trajo agua azucarada y le dejó caer gotas entre los labios. Finalmente Julia comenzó a responder y pasó la lengua por sus labios. Bessie le dio más agua con una cuchara pequeña. En esas llegó el médico.

Después de que Julia se pudo parar y fue ayudada por Bessie para llegar hasta su cuarto y recostarse sobre su cama, el doctor preguntó qué había pasado. Julia le contestó que ella se asustó mucho y no recordaba nada más. Bessie informó sobre el tiempo que transcurrió desde que la señora la había encerrado y ella la encontró inconsciente.

Esa tarde el médico dejó una prescripción y prometió volver al día siguiente para examinarla de nuevo, añadiendo que después de eso, hablaría con la señora sobre algún tratamiento más largo que pudiera necesitarse para que la señorita se recuperara completamente de ese trauma nervioso tan fuerte que había sufrido.

Salida inesperada

El doctor Lake, preferido por los pobres por sus consultas de precios módicos, su trato bondadoso y comprensivo con los pacientes poco cultos y sus preferencias por remedios naturales siempre que fuera posible, se fue a su casa pensando en la situación de esa niña y decidió buscar alguna solución que liberara a Julia de la vida terrible que se podía prever con un alto nivel de certeza, y que llevaría en los años siguientes a una condición gravemente anormal en la conducta de esa niña, si tenía que continuar viviendo hasta los dieciocho años en ese medio tan adverso.

Esa noche Lake resolvió consultar con el cura de la parroquia próxima, un anciano sacerdote, su amigo personal de muchos años, quien además conocía a la familia Moore y extrañaba mucho a su amigo Albert, cuyo entierro había tenido lugar en el cementerio parroquial unos pocos meses antes.

La señora Moore, después de la visita del doctor a la paciente, lo invitó a la sala para recibir sus informes acerca de la salud de la sobrina de su esposo a quien ella había acogido generosamente en su casa y a quien trataba como si fuera su hija. Luego explicó que desafortunadamente se trataba de una niña desagradecida y egoísta, incapaz de comprender la nobleza de ella y de sus hijos, además de ser mentirosa y amiga de culparlos a ellos de las cosas malas que ella hacía.

El doctor escuchó respetuosamente todos los cargos en contra de Julia y simplemente le dijo que lo mejor que ella podría hacer sería enviarla a una escuela-hospicio que funcionaba bajo la dirección de la Iglesia y donde la educación era gratuita porque se sostenía con dineros del gobierno y de un patronato

de personas pudientes que pagaban los salarios de las maestras. Añadió que allá enseñaban a las niñas a ser sumisas, humildes y agradecidas y además aprendían un oficio con el cual podrían ganarse la vida.

Le recomendó que hablara con el señor párroco y, que de esa forma le resultaría mucho más fácil cumplir de la mejor forma el deseo de su esposo pues cuidaría a través de personas espirituales y preparadas que educarían a Julia.

El plan presentado había sido el concretado por el doctor y el párroco en la charla de la tarde anterior.

La viuda Harriet Moore, después de hablar con el Señor Párroco, escribió al Orfelinato de Sheffield y pidió que una persona responsable le hiciera una visita, para hablar de la candidata y de su propia contribución para el sostenimiento de esa institución. Así sucedió que el propio sacerdote Hutchinson, Director máximo de la Escuela-hospicio, viajó para hablar confidencialmente con la dama, conocer directamente a la futura interna y recibir, además de los necesarios informes sobre los defectos terribles de la huérfana y prometer los controles apropiados para amansarla, una suma de dinero que vendría muy bien a su gran labor eclesiástica en ese lugar que él dirigía. Esta suma representaba por adelantado la gratitud hacia él por parte de la generosa señora y su familia.

De esta forma, un mes después de la visita del doctor Lake, Julia con una pequeña valija en la cual llevaba su ropa y con 'Yaqui' bien envuelta y acomodada en sus brazos, salió de la casa de su tío después de una fría despedida de los familiares, en dirección a la parroquia, acompañada por Bessie.

El señor Cura enviaba ese día a uno de sus ayudantes en una visita regular al Orfanato de Sheffield en donde esperaban a una niña de diez años, la huérfana de padre y madre llamada Julia Tyler quien llegó a su destino con el ayudante de la parroquia.

Comienzo de una nueva vida

Julia llegó al orfanato de Sheffield un día domingo. Fue recibida por una de las maestras y acompañada por ella hasta el dormitorio en donde se le indicó la cama que utilizaría y pudo guardar sus cosas. Esa misma profesora le entregó el uniforme para que se cambiara de ropa y bajara luego a reunirse con las otras internas.

Salvo por la aspereza de la tela de su nueva indumentaria, Julia no tuvo ningún desacuerdo con ella y, después de doblar y guardar la ropa que traía y de poner a Yaqui bajo su almohada, regresó por el mismo camino hasta el corredor de la entrada.

Un poco antes de llegar frente a la puerta, otra niña la saludó:

— Hola, ¿cómo te llamas?. Yo soy Helen

Julia se detuvo, miró la sonrisa dulce de Helen y le contestó sonriendo:

— Yo soy Julia. Acabo de llegar —enseguida entablaron conversación:

Hablaron de sus infancias, de sus padres y lo que recordaban de ellos porque Helen también era huérfana de padre y madre y llevaba más de un año en esa escuela. Julia supo que Helen con frecuencia enfermaba de fiebres y tos, sobre todo en las épocas de mayor frío. Tenía once años. No se quejaba de nada aunque

Julia pudo observar desde esa primera tarde que la misma maestra que la había recibido a ella, en dos ocasiones habló en términos muy fuertes a Helen por algo que faltaba de algún deber que le había encomendado y también se admiró de la buena forma en la cual Helen contestó. Cuando la maestra se retiró, Helen dijo algo como: "ellas tienen muchos problemas con nosotras. Yo soy olvidadiza. Tengo que esforzarme más". Julia le dijo que cuando algo así le pasaba con su tía, ella se ponía siempre muy furiosa y se lo decía en la cara y que enseguida la tía la castigaba. Pero que ella no podía quedarse tan callada.

Helen le dijo que ella había aprendido a pensar así de la señorita Temple, la Directora de la escuela, que era como su ángel y le había ayudado a saber reconocer y aceptar lo que le corregían y también porque de esa forma gastaba menos energía que haciendo berrinches porque ella era un poco débil y tenía que cuidar su energía para aplicarla al estudio y a pensar en las cosas importantes.

Esta primera conversación con Helen quedó grabada en la memoria de Julia y le sirvió en su vida más que muchas lecciones moralizantes acerca de reconocer errores y seguir adelante. Se hicieron muy amigas.

El día siguiente, lunes, comenzaron las clases. La primera hora fue el saludo de la Señorita Temple y las observaciones especiales. En particular presentó a todas las maestras y alumnas a la nueva interna, Julia Tyler, quien se ubicaría por el resto del año en el grupo de alumnas de 8 a 10 años. Se dirigió particularmente a Julia y la saludó en nombre de todas y le deseó muy buenos resultados.

Iban tres semanas de cursos cuando recibieron la visita del sacerdote Hutchinson quien era el Director General dada su condición de representante de la Iglesia. Todas las internas y sus maestras fueron convocadas al salón para escucharlo.

La reunión fue un gran punto negro para Julia en su nueva vida, en la cual se encontraba bastante bien adaptada, aunque siempre tenía hambre, porque la comida era realmente muy escasa para criaturas en esas edades. Aparte de eso, Julia se sentía bien aceptada. Le iba bien con las maestras y con las compañeras.

El celo de su tía había caído en tierra muy abonada para producir reprimendas y castigos y el sacerdote hizo pasar a Julia al frente y señalándola con el dedo la puso en el nivel más bajo de calificación de conducta y llamó la atención de las maestras y de las compañeras para que vivieran siempre a la defensiva porque ésa era una criatura perversa que no había sabido reconocer la generosidad de la dama que la recibió en su casa y que había pagado con maldades toda la bondad de ella y de sus hijos...

Julia se quedó inmóvil en el mismo lugar hasta que todos hubieron salido. Entonces Helen se le acercó y le dijo:

— No sufras por eso, ese padre quiere que seamos santas pero de ahí no pasa. Él no viene casi nunca y a todas se nos olvida lo que ha dicho. —Sin embargo el golpe dejó a Julia llorando y abatida en extremo.

Reivindicación

Un rato después, una vez que despidió al digno Representante de la Iglesia, la señorita Temple llamó a Julia y le dijo en presencia de Helen y de dos profesoras que estaban en el salón:

— Julia, no llores. Quiero que te defiendas. Quiero que me cuentes por qué el padre Hutchinson dijo de tí lo que todas oímos.

Entonces Julia relató las cosas que habían comenzado a sucederle después de la muerte de su tío Albert hasta que llegó al suceso del encierro en ese cuarto tan terrible y de la decisión de enviarla a esa escuela.

—¿Alguna persona, que no seas tú misma ni una criada de la casa, puede confirmar lo que me has contado? —preguntó la señorita Temple.

Julia le dijo que el doctor Lake que la había atendido, tal vez le podría confirmar por lo menos lo del cuarto rojo.

— Yo conozco al doctor Lake, voy a escribirle y de acuerdo con lo que él me diga, informaré a todo el personal de esta casa, para que quedes reivindicada del informe equivocado que recibió el sacerdote.

Así cinco días más tarde, la Directora reunió a todas, alumnas y maestras y les leyó la carta del doctor Lake en la cual manifestaba expresamente que Julia no era ni mentirosa, ni grosera, ni dañina. Que solamente, como una niña de diez años en desventaja, trataba de defenderse cuando personas mayores que ella le hacían daño.

Leída esta carta, la Señorita Temple con gran bondad y firmeza, animó a Julia para que continuara con su esfuerzo y a todas las compañeras y profesoras para que colaboraran con ella.

Julia, muy animada, suplió rápidamente los vacíos de conocimiento que tenía en las áreas de Ciencias Naturales, de Historia y de Geografía, con la ayuda de la Biblioteca y de su

amiga Helen que iba en el grupo inmediatamente superior al suyo. En Matemáticas y Literatura iba muy bien preparada, de modo que con relativa facilidad Julia llegó al final del año escolar con todas las notas aprobatorias.

A las alumnas que terminaban un período satisfactoriamente en todas las áreas, como estímulo especial, se les ofrecía para el siguiente período la opción de aprender dibujo y francés en sus tiempos libres.

El plan general

La escuela-hospicio en la cual se encontraba Julia era una obra benéfica que albergaba niñas huérfanas o con situaciones asimilables a una orfandad biológica, a partir de los ocho años de edad y hasta los dieciséis como máximo. En esta institución se preparaba a las niñas para emplearse en casas de familias adineradas y desempeñar en ellas cargos de ama de llaves, institutriz, administradora del personal de servicio y similares. El certificado que se expedía a cada una relatava de manera conforme con la realidad, las habilidades que la interesada tenía y los niveles en los cuales podría desempeñarse mejor.

Las niñas que no tenían un hogar, permanecían en la escuela todo el tiempo. Las que tenían parientes que deseaban compartir con ellas en vacaciones, salían para pasar los meses de julio y agosto con sus familiares.

Al cumplir los dieciséis años, dependiendo de la necesidad de la escuela las mejores alumnas podrían ser invitadas a continuar como profesoras y en tal caso vivirían en ella como tales y percibirían un salario establecido por la Dirección General de la Institución. Para las demás, la propia escuela recibía solicitudes

de familias particulares o de instituciones de cuidado infantil interesadas en contratarlas y el hospicio hacía una labor de puente entre ellas y las jóvenes.

Así, Julia y Helen, entre otras, permanecieron todos los meses de vacaciones en la escuela. Un par de veces, cuando el buen tiempo y las profesoras encargadas coincidían en la voluntad y las posibilidades de hacerlo, salían todas al campo para tomar el aire y ver otros horizontes. Regresaban por la tarde contentas y recapitulaban los hechos de la excursión con entusiasmo. Generalmente las profesoras ofrecían algún pequeño detalle a la mejor composición literaria sobre el día de campo.

Pasado el tiempo de vacaciones, volvían todas las antiguas a comenzar la rutina junto con las nuevas alumnas. Era el momento de reconocer los avances en el crecimiento físico y mental. Parecía igual, pero era realmente diferente. Todo sucedía rápidamente. Cambiaban los sentimientos, cambiaban los cuerpos, cambiaban los sueños. Las mayores hablaban de muchachos y sonreían. Al comenzar un nuevo año de lecciones y tareas, cada alumna estaba más cerca de que ése fuera su último año escolar. Eso era emocionante. Al final a cada una la esperaba el misterio de la vida.

Las clases de dibujo descubrieron las capacidades artísticas de Julia a ella misma y a sus profesoras y compañeras. Realmente tenía mucha aptitud. Aprendió lo básico del dibujo y con destreza avanzó tanto en los trazos lineales y bosquejos como en pinturas más elaboradas de objetos y paisajes. El progreso en francés fue más lento pero le dedicaba el tiempo que podía y buscaba momentos para practicar la difícil pronunciación con su profesora y cuando alguien de habla francesa visitaba la escuela.

La vida en la escuela representó un cambio muy positivo para Julia en todos los aspectos, salvo en el del alimento. La pobre siempre tenía hambre. Las raciones eran pequeñas dada la edad y el crecimiento de las niñas. Ni las maestras ni la directora podían hacer nada al respecto porque la lista del mercado y de los menús llegaba directamente de las autoridades encargadas por la Iglesia. El padre Hutchinson era un celoso guardián de cada céntimo dedicado a la alimentación y revisaba todas las cuentas de dinero y de las cantidades de ingredientes utilizados día a día.

Una prueba terrible

Cuando Julia iba por su tercer año de escuela, poco antes de cumplir catorce años, se desató una epidemia de fiebre tifoidea en la ciudad y afectó fuertemente a la escuela-hospicio. Fueron cuatro largas semanas de sufrimientos, de cuidados siempre insuficientes pues era imposible atenderlas a todas y porque no había personas preparadas para algo así.

Julia no se contagió. Helen tampoco pero su problema respiratorio se agravó tremendamente. La señorita Temple se la llevó a su cuarto para cuidarla y protegerla especialmente. Julia no podía verla. Por estar sana, debía permanecer lejos de las enfermas.

En total una veintena de niñas andaban por toda la casa sin rumbo, sin oficio, comiendo cuando la cocinera las mandaba llamar... Una tarde Julia vio un movimiento muy fuerte de personas alrededor del cuarto de la directora. Se acercó y permaneció quieta detrás del grupo. De pronto la señorita Temple salió con la cabeza muy agachada, limpiándose las lágrimas y detrás de ella fueron las demás personas. Solo quedó

una enfermera con aire muy cansado en una silla. Julia entró sin hacer ruido, pasó a la alcoba y con cuidado se acostó al lado de Helen. Helen la llamó y Julia la abrazó.

— Julia, estoy bien. Me siento contenta...

— No te mueras, Helen. No me dejes —dijo Julia

— Tengo que irme. Ya cumplí lo que me tocaba. Es lindo... si me quieres debes estar contenta. Ya no sufro ni un poquito.

— Bueno, voy a tratar —dijo Julia.

— Mi amiga querida. Abrázame —fueron las últimas palabras de Helen.

Julia abrazó a Helen y ambas cerraron los ojos.

Cuando despertó, Julia estaba siendo acostada en su cama por alguien. La encontraron dormida abrazando a Helen muerta. Helen había apoyado su cabeza sobre el pecho de su amiga en el momento de abandonar este mundo.

Después de la epidemia de tífus, el caso de la escuela desató una serie larga de controversias en la ciudad. Fueron nombrados investigadores para establecer los factores de esa generalización del contagio entre personas tan jóvenes. Sobre todo llamó la atención la delgadez tan marcada de las escolares. Entonces, escuchando a las niñas sobrevivientes y comprobando con los reportes de mercado y de porciones alimentarias se hizo evidente que la desnutrición jugó un papel decisivo en la falta de defensas de las niñas. El Patronato de la escuela decidió ser la entidad que en adelante se encargaría de administrar y vigilar directamente el tema de la nutrición. La Iglesia solamente estaría al frente de los programas de estudio en lo referente a la formación religiosa de las alumnas.

Final de la vida escolar

Poco a poco la vida se restableció en la escuela. Los grupos, menos numerosos que antes, tuvieron mayor tiempo de las maestras para ayudas individuales y para nuevos proyectos. Así, rápidamente, Julia llegó a sus dieciséis y fue invitada a quedarse como profesora, para enseñar Matemáticas y Dibujo.

En las últimas vacaciones, antes de comenzar su vida 'profesional', Julia revisó su ropa, arregló lo que tenía arreglo para ella y puso aparte algunas prendas que no le servían pero que estaban suficientemente buenas para otras niñas más pequeñas y pobres que pudieran llegar. En particular hizo un arreglo muy concienzudo de Yaqui, pensando en regalarla a alguna personita que le pareciera especialmente dispuesta a tener y disfrutar esa compañía. Le renovó la piel de la cara y le bordó ojos azules, nariz y boca. Además, de los restos de un viejo suéter, obtuvo crespos de lana de color rubio oscuro y le confeccionó una peluca. También la puso a estrenar con un vestido sacado de una falda vieja y un par de zapatos fabricados con un borde de una tela gruesa.

Al comenzar el nuevo año escolar, la maestra Julia estuvo a cargo del grupo de las más pequeñas. Fue una bella experiencia. Recordaba a su madre cuando le enseñaba y le leía. Julia trataba de hacer algo parecido con el grupito de once niñas que comenzaban. Solamente dos sabían leer y sumar, pero nada más. Entonces ella dedicó a su grupo todo su afecto, su tiempo y sus recursos pedagógico-infantiles y los aplicaba contenta y siempre recordando la cara de su madre y sus gestos, y lo que ella misma sentía cuando comenzaba a entender...

Rápidamente supo que no todas las niñas aprendían tan rápido como ella creía que podrían hacerlo. Comenzó a ver que las

dificultades no siempre significaban pereza para estudiar. Que aunque ella explicara bien, siempre había algunas que no comprendían.

En particular una niña de ocho años se asustaba cuando veía que su profesora se acercaba para mirar su trabajo y lloraba, sin superar un cierto temor en sus ojos y el temblor de sus manos. Julia pensó mucho en ella. Una tarde la invitó para que le ayudara a barrer el lugar en donde habían quedado restos de tierra y a ordenar las mesas y los asientos para el otro día.

La niña, Lucy era su nombre, se puso contenta a barrer y lo hizo muy bien. Luego ordenó los muebles y quería hacer más cosas de ese género. Julia le dijo que antes de irse contara los puestos a ver si había un puesto para cada una de las once niñas del grupo. Lucy comenzó pero solo llegó hasta cinco y ahí se asustó. Julia, rápidamente se acercó y le dijo que mejor eso no, sino que le ayudara a recoger unas ropas que estaban tendidas en el patio porque parecía que iba a llover. Lucy fue con rapidez y lo hizo bien. Otra vez estaba sonriente.

Julia supo por la directora, quien ya no era la señorita Temple sino una señora Angie, que Lucy hasta los siete años nunca había oído a nadie leer nada ni hablar de números, ni escribir ni pintar... ella solamente se movía en un lugar en donde criaban pollos y su trabajo consistía en barrer y limpiar. Era una niña huérfana que había sido recogida de la calle cuando era bebé, por una mujer medio retardada que vivía haciendo esos oficios para otras gentes quienes le daban a cambio algo de comida y el derecho de dormir bajo un techo de paja, contiguo al patio de los pollos.

La mujer había muerto el año anterior y la dueña de la casa convertida en inquilinato, en donde estaba el patio de los pollos que eran de un trabajador que, por casualidad vio dentro de su propiedad a esa niña como de siete años, en un estado de total miseria y abandono. Preguntó qué hacía y le contestaron que vivía sola haciendo lo que la madre hacía, a cambio de dormir ahí. Pero que la madre había muerto.

La señora la llevó a una casa cercana en donde ella vivía, le ayudó a bañarse, le enseñó un poco de lo que era ser aseada le dio ropa, cama y comida y decidió llamarla Lucy porque la niña no tenía nombre. Luego buscó el orfanato y la inscribió en él declarándose su guardiana e informando de la situación de extrema ignorancia de la criatura. El día del comienzo del nuevo período de estudios la llevó.

Julia se hizo su amiga. Empezó por enseñarle a hablar bien las cosas comunes: saludar, pedir un favor, dar las gracias, ofrecerse para ayudar a alguien... etc. A veces la llevaba a la cocina para que ayudara en cosas que no fueran con el fogón. Lucy se veía relajada con esas personas y ellas le tomaron cariño. Una tarde, Julia llevó a Lucy a su propio cuarto y sacó a Yaqui. Le contó la historia de Yaqui y le dijo que estaba buscando una nueva mamá para Yaqui porque ella, como era profesora no podía ser más tiempo la mamá de Yaqui. Entonces le preguntó si Lucy quería ser la mamá de Yaqui. La emoción de la niña fue increíble. Su carita se transformó. Abrazó a la muñeca y la besó. Julia se emocionó también y besó a Lucy. Entonces Julia le contó que cuando ella estaba aprendiendo los números y las letras siempre tenía a Yaqui a su lado y así aprendía mejor. Que ensayara. Pero que no debía llevar a Yaqui

a las clases. Que la dejara dormidita en la cama y por la tarde podían estudiar juntas.

Con una pedagogía tan irregular, Lucy fue saliendo de la oscuridad mental de su infancia y aprendió lo básico aceptablemente.

Lucy estuvo solamente dos años en la escuela. La señora que la había llevado le tomó mucho cariño y en cuanto la niña salió de su ostracismo, esa guardiana se convirtió en mamá y la llevó a vivir en su casa como su hija. Julia se quedó un poco triste por sí misma, pero muy contenta por el futuro amable que veía para Lucy y sin duda, también para Yaqui.

Cuando Julia cumplió dieciocho años, faltaban dos meses para el término del año escolar. Entonces decidió informar a la directora que ella no seguiría en la escuela. Que estaba en plan de conseguir un trabajo como institutriz en otro lugar, porque deseaba conocer otros ambientes y otras personas. La directora la comprendió y le aconsejó que enviara a un diario la oferta de su trabajo. Que podía poner a la escuela y a ella, como referencias para quien quisiera detalles de sus capacidades y responsabilidad.

El consejo funcionó muy bien. Un mes antes del final de clases había conseguido un cargo de institutriz en una propiedad rural cerca de Doncaster, al noreste de Sheffield.

Apenas terminado el año escolar y una vez entregados los resultados de sus alumnas, Julia se despidió de su directora y compañeras y salió con destino a Doncaster. Allí averiguaría cómo arribar hasta la propiedad llamada 'Los Planos de Goldthorpe' o tomaría un coche si tal propiedad estuviere demasiado alejada de la parada de los vehículos de transporte

público. La carta decía que los gastos del transporte le serían reembolsados.

Contrato como Institutriz

La carta que Julia recibió como respuesta a su oferta de trabajo, pedía referencias de la escuela. Firmaba una señora de nombre Anna Brown, como ama de llaves de una propiedad rural y persona responsable de hacer la diligencia correspondiente.

Julia pidió a la Directora las referencias, las incluyó en el sobre con su propia carta de presentación y lo envió por correo a la señora Brown. Pasados diez días llegó otra carta con la oferta definitiva de una asignación anual que era exactamente el doble de lo que ganaba en Sheffield. En esa carta daban mucha importancia al conocimiento que Julia tenía del idioma francés, porque la señorita de ocho años a quien debía instruir y educar, hablaba en francés.

Al final la remitente daba detalles generales del movimiento de vehículos entre Doncaster y 'Los planos de Goldthorpe', que era la propiedad del señor Edward Robinson y lugar en donde Julia viviría y trabajaría, y aseguraba el reembolso de los gastos del viaje en cuanto llegara.

Julia contestó aceptando y estableciendo el día quince de julio como el día que tenía planeado viajar. No podía asegurar a qué hora pues en la estación de los coches que iban hacia allá no podían dar un dato preciso por las variaciones debidas a circunstancias del clima y otras completamente imprevisibles. Añadió que si llegaba después del crepúsculo a la población de Doncaster, buscaría un lugar para pasar la noche y madrugaría al día siguiente hacia 'Los Planos de Goldthorpe'.

El quince de julio poco después de mediodía, Julia llegó a la pequeña población de Doncaster. El día era soleado y el clima agradable pero su maleta, debido a su contenido en libros y elementos para dibujar, le resultaba demasiado pesada para hacer la hora de camino que, según le informaron se tardaría en llegar a pie. Mirando la hora, optó por buscar en dónde comer. Después de hacerlo tomó un coche de alquiler para el tramo final.

Así fue como Julia legó finalmente a las cuatro de la tarde a la casa de la propiedad 'Los Planos de Goldthorpe'. Le pareció una casa inmensamente grande mientras la miraba desde el coche y hasta que éste finalmente se detuvo frente a la entrada principal.

Antes de que Julia descendiera, una joven del servicio salió y pagó al cochero. Luego la saludó atentamente y le ofreció su mano para ayudarla a bajar. Tomó enseguida la maleta, mientras revisaba que no quedara algún objeto como un guante o un pañuelo por ahí olvidado, hizo un ademán de despedida al cochero y se adelantó para abrir la puerta.

— Siga, por favor, señorita —dijo. Julia pasó y la joven del servicio, una vez que entró, cerró la puerta, depositó la maleta cerca y se retiró para avisar a la señora Anna de la llegada de la señorita Institutriz.

La familia de Edward Robinson

La señora Anna Brown, cuya edad parecía estar alrededor de los sesenta años según la apreciación de Julia, era una persona amable de modales finos que hablaba en un tono mediano de voz, con total corrección. Se adelantó a saludar:

— ¡Señorita Julia Tyler, siéntase bienvenida a esta casa! —Julia hizo una inclinación de cabeza y contestó el saludo con el mejor refinamiento que alguna vez vio en su madre.

— Buenas tardes, señora Brown. Muchas gracias por su acogida. Me siento en verdad muy contenta de estar aquí y de tener el honor de conocerla.

La señora Anna pasó inmediatamente a la cuestión del contrato. Ella traía listo el documento. Era una formalidad que debían llenar pues el propietario de la casa deseaba tener la constancia completa de todos los compromisos y transacciones que se realizaran, sobre todo los relativos a la contratación de personas para cumplir funciones al interior de su vivienda.

Julia aceptó inmediatamente. La señora Anna preguntó cuánto le debía por el viaje desde la escuela hasta Doncaster. Julia le entregó la copia del tiquete y la señora contó el dinero preciso y se lo entregó, diciendo que ese dinero no hacía parte del contrato. Que era un gasto de manejo de la casa. Julia lo guardó en su monedero.

Siguió la lectura del documento con todos los términos del contrato y después la firma del mismo en la fecha y hora de ese momento, por las partes: Julia Tyler la contratada, en persona, y Anna Brown en representación de Edward Robinson, el contratante. Así lo hicieron. Al final fue llamada la joven del servicio Lisa Mullins, para firmar como testigo y una vez hecho esto, quedó todo en regla. La señora dobló cuidadosamente el papel y lo entregó a Lisa para que lo pusiera sobre el escritorio del señor Robinson, convenientemente pisado con uno de los objetos que cumplían ese oficio.

Cuando la joven Lisa bajaba de nuevo, detrás de ella bajaba una niña alegre. Al verla, la señora Brown dijo a Julia:

— ...su discípula, señorita —y llamó a la niña:

— ¡Emily!, ven a saludar a tu maestra!

— ¿Emily Robinson? —preguntó Julia.

La niña enseguida corrigió, en francés:

— Pas Robinson. Je suis Emilie Varens

Julia inmediatamente sonrió y a su vez saludó a la niña y se presentó a sí misma, también en francés. Emily rió contenta.

La señora Brown le dijo a Julia que el deseo tanto del señor Robinson como el de ella misma era que la niña, sin olvidar el francés aprendiera bien el inglés. Julia le contestó que esperaba hacerlo posible porque veía que la niña tenía mucho ánimo y porque los niños siempre aprenden un idioma mucho más fácilmente que los adultos. La señora Brown dirigiéndose a la niña ordenó:

— De momento, Emily, ve con Lisa al jardín o a donde quieras mientras yo enseño la casa a tu maestra y la llevo a su cuarto y la dejamos que descansa mientras llega la hora de la cena —Emily hizo señal de asentimiento y le dio la mano a Lisa para ir con ella a dar una vuelta por el jardín.

Entonces Anna Brown comenzó su relato acerca de la familia Robinson, explicando los elementos de mayor importancia.

El dueño de la propiedad completa es Edward Robinson, segundo hijo de Harley Robinson y Olivia Brown.

Ella, Anna Brown, era la viuda de un hermano de Olivia, es decir cuñada de ella, lo cual no le daba ningún parentesco de sangre ni con Edward ni con su madre. Eso sí, las dos habían sido amigas inseparables desde la infancia. Cuando Anna, a los treinta y nueve años quedó viuda y sin hijos, Olivia le pidió a su esposo que la recibiera en su casa como ama de llaves y así fue y así siguió siendo después de que murió su amiga Olivia, igualmente cuando la propiedad, después de la muerte del viudo pasó al hijo mayor, Gohan Robinson que murió poco tiempo después y finalmente ella continuó en el mismo puesto cuando Edward Robinson pasó a ser el propietario. En total habían pasado más de veinte años desde el día en que ella llegó a esa casa.

Julia con prudencia preguntó por Emily. Anna le contestó que los Robinson hijos no habían tenido hijos, pero que Edward había querido hacerse cargo, ella suponía que temporalmente, de Emily para ayudar a la madre que era bailarina francesa y no podía conservar a la niña con ella por la naturaleza de su trabajo. Eso era todo. La niña le decía a Edward 'tío'. Anna no sabía nada más.

Se quedó pensando un momento y luego le dijo:

— Como sin duda esta misma noche escucharás ruidos raros, pueden ser gritos , insultos o risas, quiero que sepas que se trata de una mujer loca que por razones de algún tremendo problema, que quizás en un juego o en un negocio demasiado malo Edward adquirió, él está absolutamente comprometido a cuidar de ella sin revelar nunca su identidad. Solamente sé que no es inglesa ni europea. Es alguien de una isla tropical. Hay una enfermera, la señora Gerbs, que la cuida día y noche. A ella la verás en algún momento. Ah, y de esto nadie habla nada. No lo

olvides y ojalá no lo menciones cuando Edward esté aquí. Yo creo que esa es la razón por la cual él pasa más tiempo lejos que en su propiedad.

Después de un silencio añadió:

— No tienes nada que temer. Nunca le ha hecho mal a nadie

Con unos golpecitos en el hombro, dirigió a Julia hacia la habitación del segundo piso que le habían reservado. Era una habitación agradable, con dos espacios separados, bien amoblada y luminosa. Una ventana sobre el jardín traía aromas de flores y la brisa suave del atardecer.

Anna, en plan de salir de la habitación y antes de hacerlo, aconsejó a Julia que descansara un rato. La cena se servía a las ocho en punto y apenas iban siendo las seis. Ella le diría a Lisa que subiera diez minutos antes para despertarla en caso de que se hubiera dormido.

Con esta historia tan inesperada y misteriosa, Julia sintió que de todos modos, era algo interesante, de verdad raro e interesante. Sin más se recostó y se quedó dormida.

Después de la cena tuvieron un rato agradable la señora Anna, Julia y Emily. La niña habló hasta por los codos de la vida de París, sobre todo de las modas e ilustró con algunas cintas que ella había traído y algunas joyas de fantasía cómo se podían usar en el pelo o en el cuello o en la cintura; sus zapatos eran planos pero apenas tuviera quince años se pondría tacones y caminaría moviendo la cintura y además aprendería a bailar igual que su mami. Julia decidió grabar en su memoria la parte novedosa del asunto de la moda porque si Emily le preguntaba ella quería poder responderle y de la misma forma tendría más

fuerza para exigirle a la niña que repitiera algunas cosas útiles que Julia iría soltando cuando apareciera la ocasión favorable.

Una caída en el hielo

Pasaron suavemente los meses del verano y se iniciaba el otoño. Con intermitencias amanecía una capa débil de hielo sobre los prados. Julia acostumbraba ir al pueblo a pie por el gusto de caminar y de disfrutar por un período de tiempo más largo la brisa y el sol. Una mañana, cuando iba llegando observó que una depresión del terreno que usualmente se llenaba de agua cuando llovía, se había convertido en un bloque de hielo que atravesaba el camino. Ella dio una vuelta para esquivarlo y siguió adelante. Cuando regresaba, antes de tener a la vista el punto del hielo, escuchó el trote de un caballo y ladridos. Poco después un fuerte golpe. Se apresuró para ver qué había pasado y sacó en conclusión que el caballo había resbalado en el hielo y al caer arrojó al jinete. Ambos estaban en el suelo alejados uno de otro y el perro se acercaba a su amo y luego corría hacia ella en busca de ayuda.

Cuando Julia se acercó, el hombre estaba furioso porque no lograba pararse. Se había dislocado un tobillo. Ella le ofreció ir a buscar a alguien, pero él le dijo que con que tirara de la brida al caballo y se la acercara, él podría pararse. Ella tomó la brida pero por mucho que jaló no logró ningún movimiento del animal. Entonces el jinete le pidió si por favor le prestaba su hombro para apoyarse. Ella se acercó caminando por la parte seca del terreno y se inclinó un poco, de modo que el otro alcanzara a afirmar su mano sobre su hombro. Luego ella se enderezó y con toda lentitud se fue moviendo según el hombre indicaba hasta que él pudo afirmar el pie sano, entonces Julia

dio otro paso y el jinete logró alcanzar la brida y jalar al caballo haciendo fuerza sobre su pie bueno. El caballo se paró y se fue acercando hasta que finalmente el jinete se izó y pudo sentarse.

Sin duda ese tobillo debía doler mucho pero el jinete se contuvo, agradeció a Julia y se interesó por saber qué hacía por esos lados.

Ella le dijo que trabajaba por ahí desde hacía cuatro meses. Él la miró incrédulo y preguntó:

— Y, ¿en qué trabajas por aquí desde hace cuatro meses?

— Pues trabajo como institutriz de una niña —contestó Julia.

El hombre se llevó una mano a la frente y cerró los ojos mientras decía para sí mismo... —cierto.. la institutriz,... me había olvidado—, se sacudió un poco y comenzó por presentarse:

— Mucho gusto, señorita. Mi nombre es Edward Robinson. Creo que soy su patrón. Lamento que nuestro primer encuentro haya sido en una situación tan poco afortunada.

Julia se rió suavemente y le dijo:

— No se preocupe en absoluto. Si yo fuera la del tobillo dislocado estaría dando gritos. Realmente me admira su capacidad para soportar dolor. —Luego añadió con tono de afán:

— Pero, por favor, siga rápido para la casa. No se preocupe por mí. Llegaré enseguida.

El hombre sonrió y espoleó al caballo mientras decía en voz alta:

— ¡Muchas gracias!

Cuando Julia llegó a la casa, la primera que salió corriendo a saludarla fue Emily. Venía haciendo gestos mientras decía que el tío se había golpeado muy feo. Que el médico estaba con él. Que tocaba esperar. Luego la llevó de la mano a la cocina porque Lisa le había dicho que cuando llegara su maestra la llevara para allá.

Lisa quería explicarle lo sucedido y tranquilizarla. El médico que vivía cerca vino apenas lo llamaron. Dijo que no era nada muy grave. Julia preguntó algunas cosas generales y se dio cuenta de que su patrón no había hablado del encuentro. Se sintió bien por eso. Había prudencia y respeto en ello. No le hubiera gustado ser el centro de atención y de preguntas sobre cómo había sido, qué había visto ella,... etc. Recibió un café en la cocina y se fue a su cuarto para dejar el abrigo y el sombrero y salir enseguida a comenzar el trabajo con Emily. Salieron al jardín y practicaron el vocabulario inglés-francés de las plantas y las flores durante media hora. Luego en francés hablaron de la reproducción de las plantas. Buscaron semillas y las metieron en pequeños sobres, con una descripción de las flores correspondientes. Julia motivó a Emily a pintar las flores. Ese trabajo les tomó el resto del día hasta la hora de descansar. Luego Emily debía guardar las semillas en un lugar especial que ella escogiera, para sembrarlas en primavera y ver cómo se convertían en nuevas plantas.

Cuando Julia regresó a su cuarto después de las clases con Emily, encontró que la señora Anna la esperaba. Ambas entraron y conversaron sobre el regreso de Edward y el mal paso de esa caída. Anna tampoco hizo ninguna alusión respecto de quién pudo ayudar a Edward. Estaba segura de que él mismo

había superado el asunto, aguantando mucho dolor hasta que logró montar al caballo nuevamente. Después le contó de las fiestas que solía organizar cuando estaba en la casa y de que eran unas fiestas que duraban, la que menos quince días seguidos. Que llegarían muchas jóvenes de la alta sociedad, todas deseosas de conquistar al soltero más apetecido de la región, aunque se iba poniendo viejo para esas niñas tontas de dieciséis para arriba, pero el dinero siempre era joven y eso era lo que todas perseguían. Que después de que el médico se fue, Edward puso el tema de la temporada que este año se había retrasado, pero que no iba a dejar de celebrarse.

Entonces Julia sintió curiosidad por saber en dónde pasaba su patrón todo el tiempo que estaba lejos. O si era que tenía propiedades en otras partes. Anna le contestó que en general se iba a París o a Roma por varios meses. Pero que también le gustaba ir al Caribe y pasearse por muchas islas tropicales. Que de allá fue de donde llegó con *la loca*. Al decir *la loca*, bajaba siempre la voz. Que eso había sido después de la muerte del padre y de su hermano mayor, que fue cuando la propiedad pasó a su nombre. Entonces vino para tomar posesión y revisar todos los contratos con los empleados. Anna detalló a continuación:

— Casi todos, incluida yo misma, continuamos en nuestros puestos. Cuando dejó todo marchando, Edward se devolvió y regresó como medio año después con *ella*. Ya traía a la enfermera y nos explicó a todos que era una obra de caridad y una deuda que él tenía con el padre de *la mujer*. Ese hombre le había salvado la vida. Cuando Edward se venía del todo, el padre le pidió que se trajera a *su hija* para que la cuidaran aquí. Que allá la pobre viviría un infierno porque la gente creía en demonios en el cuerpo de los locos y si los descuidaban, podían

hacerles males muy terribles. De modo que Edward se la trajo y confiaba en todos nosotros que le ayudaríamos y no hablaríamos a los extraños de la existencia de *esa persona*.

A la hora de la cena todos llegaron puntuales. Edward también estaba allí muy bien acicalado. Lisa entró y se acomodó como siempre al lado de Emily. Edward le pidió a Anna que le presentara a la señorita institutriz. Anna hizo las presentaciones y la comida transcurrió en gran tranquilidad y armonía.

Fiesta en 'Los Planos de Goldthorpe'

Dos días permaneció Edward Robinson en su casa para dar tiempo al completo restablecimiento de su tobillo, antes de empezar las actividades de preparación de la fiesta anual que se había hecho una tradición en 'Los Planos de Goldthorpe' durante los últimos seis años.

En algún momento del tercer día, estaba Julia esperando a Emily en el jardín. Era un día frío pero con un sol radiante. Apareció Edward procedente del campo y se acercó a saludarla con mucha formalidad. Julia preguntó por el pie y él sonrió y dijo que el asunto estaba superado y que su caballo y su perro recordaban a la señorita que les había ayudado en el apuro.

Julia se rió con la ocurrencia y le dijo que con inmenso gusto porque eran unos muy buenos y fieles amigos de un amigo reciente.

Luego oyeron a Emily que venía corriendo. Al ver al tío le preguntó si ya había encontrado algún paquete que viniera para ella en su maleta. Él le respondió que había bajado al jardín para decirle que cuando terminaran la primera clase, subiera

con su maestra para que le ayudara a buscar el paquete. Enseguida se alejó hacia la casa.

Emily fue levemente regañada unas cuantas veces por interrumpir la práctica que hacía de pasar oraciones del francés al inglés, para preguntar a Julia qué sería lo que el tío le traía en ese paquete...

Al fin llegó el momento feliz y las dos llegaron a la biblioteca siguiendo la señal de Lisa. Ahí estaba el tío sentado en su silla y la maleta en el suelo a medio cerrar. Emily podía buscar el paquete que era para ella. Antes de abrirlo era importante que demostrara a su maestra que efectivamente ese paquete era para ella.

La niña con seriedad se puso a leer las etiquetas de los paquetes hasta que encontró una que decía: 'para la más pequeña', que no había leído antes, mientras se empeñaba en ver su nombre y comenzaba a perder la paciencia y a lloriquear.

De ese paquete salieron un buen número de 'joyas' y cintas y en el fondo otro paquete con un vestido de un velo con brillanticos de colores. Con tal vestido Emily se emocionó pensando en París y en las fiestas. Entonces el tío le dijo que se lo había traído para las fiestas que iba a tener en esa casa, sin necesidad de ir a París.

— ¿Vamos a tener una fiesta aquí? —preguntó mientras abrazaba al tío. Cuando todas las respuestas le fueron dadas, tuvo claro que había que progresar en el inglés para estar bien lista y conocer a las señoritas elegantes que llegarían a pasar varios días en la casa.

Julia preguntó si ella tenía alguna labor especial dentro de la preparación de la fiesta. Edward le dijo que por el momento no

habían hablado con la señora Brown al respecto, pero apenas lo hicieran, ella le contaría.

Al día siguiente Edward salió de la casa con la intención de llevar al correo todas las invitaciones y ordenar los envíos de muchas de las provisiones necesarias, sobre todo en lo referente a los licores y exquisiteces de ultramar. Regresaría pocos días antes de los invitados. Por el momento dejó órdenes de despejar todas las habitaciones del ala principal de la casa para el hospedaje.

Así fue como Julia trasladó su cuarto a uno del segundo piso de la otra ala, la que estaba sobre la cocina, las despensas y los cuartos del servicio. Las habitaciones de esta parte de la casa estaban suficientemente alejadas del resto como para impedir que ningún ruido que se produjera en ellas pudiera llegar al sector ocupado por los huéspedes.

Allá mismo se instalaron Anna y el propio Edward. Julia conoció a la enfermera Gerbs y por un guiño de Anna, supo que *la persona difícil* ocupaba una habitación del tercer piso en esa ala.

En la cocina fueron contratadas dos mujeres fuertes y experimentadas como soporte para la cocinera; también se contrató una joven para ayudar a Lisa en el mantenimiento de los cuartos, y tres hombres jóvenes para preocuparse por mantener el fuego de las chimeneas, para servir los tragos en el bar y para distribuirlos. Todos estarían atentos por si se presentaba otro tipo de servicio: quien lo detectara y pudiera prestarlo, debía hacerlo, o en caso contrario buscaría a alguien para solucionar el asunto.

Fueron días de mucha actividad de limpieza y movimientos de ropas de cama y de todo lo que en el resto del tiempo se mantenía almacenado en cajas y protegido de la humedad.

Finalmente regresó Edward. Recorrió la casa, complementó las indicaciones relativas al servicio y se interesó por la disponibilidad de caballos y monturas así como por el estado del terreno en los posibles recorridos ecuestres y caminatas.

Aparecieron poco a poco los invitados. Venían de diferentes lugares, más o menos alejados. Algunos llegaban en sus propios carruajes que se regresaban con orden de volver en la fecha ya determinada por cada uno de los dueños. Los demás llegaron en coches de alquiler. Un total de veintiocho personas de las cuales solamente nueve eran mayores de treinta años, aparte de los moradores de la casa, convirtieron la misma en un espacio de carnaval. Risas, cantos, música interpretada por diferentes pianistas, narradores de historias picarescas y danzas muy variadas llenaban las veladas, alrededor de la lumbre, de risas y gritería.

Julia, absolutamente inexperta en este tipo de situaciones se mantenía pendiente de Emily y de cualquier asunto que Anna pudiera encomendarle. Las jóvenes más sobresalientes por su belleza o por su porte orgulloso la miraban con menos interés que si fuera la última de las criadas. Para todas era evidente su condición de Institutriz, condición que despreciaban. Al mirarla recordaban malas cosas de la época en la cual todas y cada una tuvo que *'sufrir una de esas inútiles y desagradables personas.'*.. como alcanzó a escuchar en un comentario de la más rica, lucida y posiblemente la más segura de sus condiciones para llegar a convertirse muy pronto en la señora Robinson, la señorita Hope Miller.

Durante el día, si estaba soleado, todos salían por grupos, fuere a caballo o a pie, para hacer recorridos más o menos largos. Esos intervalos permitían a Julia un rato de reposo. Emily, generalmente salía con algunas de las jóvenes que querían hablar con ella en francés para mejorar su niveles en esa lengua lo cual era un interés común en los círculos de jóvenes ingleses aristocráticos.

Por la noche, la disculpa de la atención a la niña estaba siempre disponible para justificar la ausencia de Julia en donde no se sentía ni aceptada ni contenta. No dejaba de observar que su patrón se comportaba como un refinado y aristocrático galán y que era consciente de las grandes expectativas de sus fans en el campo femenino. Además no quedaba duda de que quería agradar especialmente a la señorita Hope y de que ella le correspondía desde su elevado puesto de soberana del conjunto.

Un día Julia escuchó desde la cocina una conversación de Hope con algunas amigas en la cual una de ellas mencionó a Emily y la reina dictaminó que 'para eso existían internados, porque ella no aceptaría nunca a esa molesta criatura y mucho menos la intromisión de la solapada institutriz en su casa'.

No era la primera vez que Julia se sentía rechazada y juzgada y no resintió lo más mínimo el hecho. Solamente pensó que el señor Robinson no la iba a pasar nada bien cuando se casara con esa señorita. Luego se acordó de la mujer escondida y pensó cómo podría ser eso compatible con un matrimonio semejante. En fin no era su asunto y por suerte ella sabía que siempre podría encontrar para sí misma algún lugar en donde trabajar y seguir adelante con su vida.

Pasados diez días de fiesta, algunos invitados esperaron sus coches y se regresaron. Edward salió con ellos y prometió a Anna que regresaría antes de la cena. Mientras él estaba ausente, apareció un nuevo personaje y preguntó por el señor Robinson. La señora Brown le dijo que no estaba de momento pero que había prometido regresar antes de las ocho de la noche. Que si deseaba volver a esa hora o si prefería se podía quedar a esperarlo. El recién llegado se presentó como Mason, amigo de Edward de muchos años, que acababa de llegar del Caribe. Decidió esperarlo. Luego entró en conversación con algunos de los presentes y se veía bien integrado, muy cortés y amable. La señora Anna pidió a Lisa que acondicionara uno de los cuartos que se habían desocupado en la mañana para el nuevo huésped y se desentendió del asunto.

Edward no llegó a la cena. La reunión transcurría normalmente. Mason seguía el curso de los actos de todos y tomaba algún licor con tranquilidad. Julia se retiró para acompañar a Emily quien estaba cansada después de cabalgar y caminar. La niña se durmió rápidamente.

Julia salía del cuarto de Emily cuando vio a Edward que entraba en su cuarto como en plan de quitarse el abrigo y supo que no se había dejado ver de los de abajo. Lo vio cansado. Él le hizo seña de que se acercara y la invitó a sentarse en una salita cercana. Preguntó cómo habían ido las cosas. Ella le dijo del amigo Mason que lo esperaba abajo y se sorprendió de la reacción de Edward: empalideció y murmuró como para él mismo: — otra vez,... otra vez a repetir los mismos sufrimientos!.

Enseguida se sacudió y mirando a Julia le dijo:

— No voy a bajar. Mejor que crean que no llegué. Mañana veremos lo que sea —y luego le sonrió y le dijo dulcemente:

— No te preocupes. No es nada grave. Cuando todo esto termine, te contaré... Por el momento, ignora que me has visto.

Julia explicó que a Mason le habían arreglado un cuarto en el ala de los invitados a lo cual Edward suspiró con alivio. Ella se fue a su propio cuarto. Tampoco deseaba volver a la fiesta.

Una pesadilla atroz

Julia se durmió antes de que terminaran las risas y cantos y ruidos de la fiesta.

Un aullido como de fiera y un grito agudo seguido de pasos apresurados en el tercer piso, exactamente sobre su cuarto, la despertaron. Muy sobresaltada, Julia se vistió tan rápido como pudo y salió con sus pantuflas hacia la escalera. Allí se encontró con Edward quien le apretó el brazo nerviosamente y siguió con ella. Llegaron al cuarto y vieron a la entrada, en el suelo, al señor Mason sin chaqueta, herido en una axila, sangrando muchísimo y quejándose. Edward se arrodilló al lado, separó la camisa de Mason y puso sus dedos comprimiendo los bordes de una cortada de cuchillo que había partido en dos una vena. En voz baja dijo a Julia que rasgara la camisa en tiras a ver si lograban presionar suficientemente el vaso para contener la hemorragia. La herida no era mortal pero el hombre podía morir por la pérdida de sangre. Julia aunque temblaba un poco, tuvo presencia de ánimo para tomar el pequeño cuchillo con el cual había sido atacado y con él iniciar los cortes de la camisa. Cuando hubo un buen tanto de tiras, Edward le dijo que hiciera una bola más o menos apretada para oprimir mejor...

Finalmente dejó de sangrar. Edward continuó ahí y ella salió por agua y una cucharita para hidratarlo un poco. Entonces E revisó que la puerta de una segunda habitación que estaba al fondo estuviera bien cerrada. La trabó por fuera con el espaldar de una silla y le dijo a Julia que continuara manteniendo la presión sobre la herida y dando pequeños tragos de agua al herido. Que él iba a traer al médico para que lo cosiera y que ella no tuviera miedo porque la enfermera estaba adentro y no iba a pasar nada más.

Al salir Edward cerró la puerta exterior y Julia quedó encerrada, sentada en el piso con la cabeza del herido apoyada sobre una pequeña almohada contra su pierna. Así pasó más de media hora hasta que sintió los pasos de quienes se acercaban.

El médico, con habilidad colocó la cabeza en mejor posición y, de una vez inició la sutura con una aguja que traía lista. Ella permaneció sosteniendo la cabeza de Mason y Edward salió por algo de licor mezclado con agua, que el médico aconsejó para levantar la presión sanguínea y reconfortar un poco al herido.

Edward trajo además una camisa suya y bajó con Julia para buscar las cosas de Mason. Se alegraron ambos de usar pantuflas en lugar de zapatos. Llegaron hasta la puerta semiabierta que había dejado Mason al salir, recogieron su ropa, sus zapatos, su sombrero y una pequeña valija que había al pie de la cama. Volvieron al tercer piso del ala de atrás. El médico ya estaba de pie. Había revisado el pulso y lo encontró aceptable. Les dijo que el enfermo iba a sentirse débil pero que en una hora estaría mucho mejor y podría comer algo.

Edward pidió a Julia que bajara a la cocina, buscara algunos alimentos que Mason pudiera comer fácilmente y los envolviera

en un paño para meterlos en la valija. Luego le ofreció al médico un trago y tomó él otro. Acabaron de vestir al hombre entre los dos. En ese momento llegó Julia y los dos señores salieron casi cargando el cuerpo del herido. Ella, después de desatancar la puerta de adentro y cerrando bien la de afuera, los siguió con las cosas de Mason y la reserva de comida. Bajaron y salieron de la casa por el lugar en donde estaba el coche esperándolos. Subieron los tres hombres y se acomodaron con el enfermo entre los otros dos.

Edward recomendó a Julia que regresara a su cuarto y se acostara y tratara de dormir como si no hubiera pasado nada. El coche salió cuando comenzaba a verse algo de claridad hacia el oriente.

Julia se acostó sumida en un gran desconcierto. Le pareció que salía de una pesadilla. En fin, todo había pasado como si no hubiera pasado aunque, por muy poco, tienen un muerto. Se alegró de haber estado ahí y de haber podido ayudar en una situación tan difícil e incomprensible.

Cuando Julia despertó el sol estaba alto. Calculó que serían las diez de la mañana. Se lavó y se arregló para la nueva jornada. Al salir se encontró con Lisa quien le dijo que el señor Robinson no había llegado el día anterior sino que acababa de llegar y que se fue directamente a dormir porque venía muy cansado después de viajar toda la noche. Julia le recomendó que le hablara a Emily del cansancio del tío para evitar que intentara despertarlo.

La señora Anna Brown se encontró con Julia en el desayuno y manifestó incomodidad por el incumplimiento de Edward, sobre todo en relación con ese señor Mason quien se tuvo que ir

madrugado y no pudo saludarlo. Julia solo comentó que quién sabe cuáles habrían sido las razones que impidieron al patrón llegar antes.

Las señoritas visitantes ni mencionaron el asunto de la ausencia del dueño de la casa. Ninguna parecía resentirse por tan poco. Comenzaron sus consabidas risas y comentarios deshilados sobre todas las cosas y sobre ninguna en particular.

Llegó Emily y Julia le dijo que después del desayuno iban a trabajar un poquito en el jardín, porque ya habían pasado muchos días sin estudiar casi nada. Emily le dijo que por qué no pintaban algo y Julia aceptó gustosa. Ella también se sentiría bien pintando algo colorido y alegre.

Final de fiestas

Al cabo de la semana todos los invitados se habían despedido dando cordialmente las gracias a los moradores de la casa. Los servicios contratados habían terminado y esas amables personas recibieron su pago y se fueron también contentos y agradecidos.

Se reorganizaron las cosas y la vida volvió a su cauce. Debían prepararse ahora para la celebración de la Navidad. Era algo de otro género. Algo que incluía un poco, muy poco de oración, y algo más de cantos navideños. Esa idea emocionó mucho a Emily. Ella adoraba las canciones de Navidad.

Una tarde Edward pidió a Lisa que se hiciera cargo de Emily porque él necesitaba planear con Julia los puntos principales del trabajo para el siguiente año. Así que ellos se sentaron en la biblioteca y comenzaron a hacer un esquema de los principales asuntos que se tratarían.

Evidentemente Edward quería antes de comenzar, explicar en lo posible a Julia la situación de esa persona que por poco mata a su hermano, porque Mason era hermano de la mujer loca que él mantenía en su casa. Un hermano que adoraba a su hermana y no aceptaba que fuera peligrosa ni para él ni para ninguno otro.

Julia le dijo sencillamente que le dijera lo que él pensaba decirle al respecto. Que ella no insistiría en saber más y sabría respetar el hecho aunque no comprendiera las razones.

El hombre estaba un poco deprimido. Julia lo sintió triste. Él empezó por decirle que dejaba totalmente a su buen juicio la elaboración del plan de trabajo con Emily. Pero que lo hiciera en nombre de los dos, pues la señora Anna debía tener una copia del mismo firmada. Era una persona rigurosa en el orden establecido por ella misma cosa que a él no le disgustaba. Era un referente para todo y para todos.

Luego entró a decirle que él había ido a la ciudad durante las fiestas para organizar ciertas acciones que hicieran suponer a las familias que aspiraban a establecer lazos con él, que sus negocios no eran tan buenos como parecían, que posiblemente vendría una bancarrota... lo cual podría ser realidad, pero con posibilidades mucho menores.

El hecho era que él no se iba a casar con ninguna de esas bellas damas que aspiraban a su mano y a su apellido y a su supuesta e inmensa fortuna y quería que fueran ellas quienes desistieran. Las razones eran muy diferentes e incluían el asunto de la dama del tercer piso. De eso le hablaría en otra ocasión. Al final le pidió que tuviera cuidado porque aunque no se presentaran hechos raros durante muchos días, de pronto podía pasar algo

como lo de la noche fatal. Esa mente estaba completamente perdida y la enfermera de vez en cuando se quedaba dormida y su custodiada que era listísima le robaba las llaves y un cuchillo o los fósforos, o cualquier elemento para atacar a alguien que en un momento la incomodara. Ya habían tenido que apagar dos comienzos de incendio originados por ella.

Luego le dijo que ella, Julia, no se imaginaba cuánto significaba para él saberla en su casa. Era un motivo que avivaba su deseo de resolver sus problemas y poder permanecer más tiempo ahí. En unos pocos días, gracias a ella, él había superado su prevención hacia todos los elementos del género débil, que realmente era el más fuerte, y había vuelto a tener fe en la humanidad.

Respecto de Emily le contó que era hija de una amiga con quien él había tenido alguna vez un romance y que un día se la llevó diciéndole que era hija de él. Él sabía que no podía ser y se lo demostró, simplemente porque el hábito de anotar fechas y hechos de la señora Brown, comparando tales datos con la fecha de nacimiento de Emily hacía evidente que no podía ser hija suya. Pero la madre había sido buena persona y necesitaba su trabajo y él quiso traerse a la niña para educarla con la condición de que conservara el apellido 'Varens' que era el de la madre y tuviera muy claro que él no era su padre. Así la niña lo conoció como 'el tío Edward'. Esa es la historia.

Edward le pidió que confiara en él y que en lo exterior conservaran las formas patrón-empleada que venían observando. Luego le agradeció su ayuda y prudencia y quiso pagarle la mitad del año que estaba terminando. Ella aceptó con sencillez. Le dijo que prefería recibir el pago de manos de la señora Anna para firmarle a ella el recibo correspondiente.

Edward sonriendo le agradeció y sin más, Julia salió para buscar a su pupila.

El plan para el nuevo año

Julia entregó al señor Robinson el plan de trabajo con Emily para el siguiente año, plan que incluía como parte central el aprendizaje de la lectura y escritura del Inglés básico, que por el momento había sido solamente oral, pues en francés la niña tenía buenas bases. La idea era que entrara de lleno con los dos idiomas para tratar de cubrir en ambos los mismos temas en niveles similares de comprensión.

Él y ella firmaron el plan y sería él quien lo entregara a la señora Brown para su correspondiente inclusión dentro del archivo oficial de la casa.

Julia deseaba vivamente conocer la historia de *'la mujer del tercer piso'*, mas se abstuvo de hacer ninguna mención a nadie al respecto. Confiaba en saberlo en un momento u otro de boca del jefe mismo.

La oportunidad llegó inesperadamente de parte de la señora Brown. Una mañana ella se acercó a Julia para comentarle que había visto el plan de trabajo que Julia pensaba desarrollar en relación con Emily y que le hacía pensar en posibilidades de que tuviera mayor tiempo para la preparación de los materiales.

Anna quería ir a Doncaster con Lisa y con Emily para hacer las compras especiales para las celebraciones de la Navidad y el Año Nuevo y dejaba a Julia en libertad de elegir entre acompañarlas o aprovechar ese tiempo para adelantar sus preparativos académicos. Julia, sin dudarlo, agradeció a la

Señora Brown y eligió quedarse. Así estaría más libre para compartir todas las celebraciones familiares siguientes.

La señora Brown informó al jefe de la familia y salió en el coche con sus acompañantes quienes llevaban las cestas apropiadas para depositar sus compras.

El propio señor Robinson las despidió en la puerta y cuando salieron le dijo a Julia que podía comenzar a trabajar en la biblioteca. Él estaba interesado en conocer en la práctica, ese tema de la pedagogía hacia el cual nunca había podido sentir ninguna atracción.

Durante dos horas Julia fue elaborando, para cada semana el tema, la manera de introducirlo, las prácticas inmediatas bajo su supervisión, los ejercicios para la niña sola y un pequeño test de finalización. Así alcanzó a planear hasta el término del mes de mayo.

Una historia complicada

En ese momento, Edward decidió que hicieran un descanso. Salieron a caminar aprovechando un buen sol de invierno. Entonces fue cuando él comenzó a hablar:

— Mi querida señorita Julia: creo que no puedo ocultarle la admiración que me causa usted y su trabajo. Tampoco puedo sostener frente a usted ningún tipo de secreto en relación con las irregularidades que existen bajo mi techo. Así que comienzo por hablarle mínimamente de mi vida, porque todo comenzó desde el lejano tiempo de la muerte de mi madre...

Sin más le contó brevemente que ellos habían sido dos hermanos. Su hermano Gohan cinco años mayor que él fue siempre el compañero de su padre en todo el manejo de las

tierras. También lo acompañaba a la ciudad, cuando él iba por cuestiones de negocios. Así Gohan sabía que su padre tenía socios en las Antillas, algunos de ellos muy ricos.

Edward era solo un niño y su madre una persona débil de salud pasaba la mayor parte del tiempo en el interior de la casa y él jugando a su lado. Tenía una niñera a quien quiso mucho pero a quien nunca, desde que tuvo diez años, volvió a ver.

La señora Brown, amiga íntima de su madre a la vez que su cuñada, viuda del tío Joseph Brown, había sido desde que él recordaba, el ama de llaves de la casa. Él tenía ocho años cuando murió su madre. La niñera y la señora Brown le enseñaron a leer. Su padre viajaba con su hermano. Cuando Edward cumplió diez años lo enviaron por cuatro años a estudiar en Londres, en un internado para jóvenes de la clase económica alta. Allí fue educado para vivir y triunfar como miembro de la sociedad. En su interior Edward conservó los fundamentos que había asimilado de las enseñanzas de su madre, de su niñera y de Anna Brown.

Al cumplir Edward quince años, su hermano mayor, de veinte, pensaba en casarse y su padre deseaba hacer su testamento antes de ese matrimonio. Ellos dos, el padre y el hijo mayor hablaron al respecto y decidieron no dividir la propiedad, sino que quedara él, Gohan como único heredero. Para no ser injustos con Edward, su padre le buscaría una esposa rica cuya dote fuera equivalente a la mitad de la propiedad que le habría correspondido si el caso de partirla hubiera sido el escogido.

Entonces, ya hecho el testamento del cual Edward, de dieciséis años y medio no sabía nada, el padre lo llevó de viaje a Jamaica. Fueron unas vacaciones deslumbrantes para un joven

del frío norte inglés: llegar a una isla del Caribe, llena de sol, de paisajes tropicales exuberantes, de comidas exóticas y mujeres sensuales y desenvueltas. Edward se sintió transportado a un paraíso insospechado. Allí pasaron seis meses. Durante los dos últimos, hicieron amistad muy estrecha con una familia en particular: los Mason. El padre era un productor de ron inmensamente rico que tenía dos hijos: el joven Marlon de la misma edad de Edward y la bellísima Zoe tres años menor. Ella bailaba y cantaba y era el alma de las fiestas. Los jóvenes Edward y Zoe se enamoraron con un amor apasionado absolutamente fuera de control. Los padres se divertían con la situación y ahí fue cuando su propio padre, Harley Robinson, adelantó la propuesta de favorecer una boda, propuesta que el padre de la joven miró con muy buenos ojos. Comenzó el noviazgo.

Edward supo que la madre de Zoe estaba enferma y que se recuperaba en Kingston, la capital. Nunca la vio ni sintió ninguna curiosidad por conocerla. Cuando finalizaban las vacaciones, Edward mismo le dijo a su padre que si los papás estaban de acuerdo, ellos podrían casarse de una vez y así él regresaría ya casado, con su esposa a Inglaterra. Pero ese plan no podía realizarse así: Ellos sí se podrían casar pero tendrían que vivir en Jamaica, porque el padre donaría como dote de la hija inmensas plantaciones, equivalentes a un enorme capital, con la condición de que su yerno las administrara personalmente y fijara su residencia en el lugar. Con diecisiete años y toda la fiebre de la pasión y la oferta de una gran riqueza, Edward aceptó y se hizo el matrimonio en el cual la madre ausente no fue recordada por nadie, ni siquiera nombrada por la hija.

Su padre regresó a Inglaterra y Edward permaneció en la isla. Se instalaron él y su esposa en una gran casa, llena de comodidades y bastante alejada y comenzó la vida de un sueño. No duró sino tres meses. Zoe un día lo despertó con un cuchillo apuntando a su garganta. Él pensó que era un chiste y ella en lugar de reír levantó la mano para impulsar un golpe. Su instinto y reflejos en buen estado salvaron a Edward de morir en ese mismo momento...

Después Edward supo que simplemente su padre lo había vendido y que la enfermedad de la madre de Zoe era una locura agresiva tremendamente peligrosa y que la hija estaba diagnosticada con altas probabilidades de haberla heredado..., también supo que Marlon era hermano de Zoe solamente por el lado del padre. Zoe fue llevada al mismo manicomio donde estaba la madre.

Edward terminó contando a Julia que cuando quiso volverse solo a Inglaterra no le fue permitido. Si quería, podría volverse pero tendría que ser con su esposa. Resolvió quedarse administrando la propiedad, hasta que los rendimientos le permitieran vivir en Inglaterra por su cuenta, pues se había enterado por su propio hermano del testamento de su padre y de que él, Edward, no podía contar ni con un techo propio para vivir en su patria.

Supo por Anna que el padre estaba enfermo y que solo hablaba de Edward diciendo que se había vuelto muy rico en Jamaica, pero ni ella ni su hermano ni ninguno de los amigos que le escribían, que eran pocos, hacían alusión a que lo supieran casado. Por eso sacó en conclusión que su padre no había hablado del asunto y entró en sospechas de que supiera del tipo de enfermedad de la madre de Zoe. Por su propia salud mental

rechazó ese pensamiento y solamente dejó a su padre y a su hermano como un par de egoístas unidos contra él para sacar ventaja de su ignorancia y juventud. Nada más.

Regresó cuando Anna le escribió acerca de la gravedad de su padre, firmando antes de salir un compromiso muy serio de retornar a Jamaica y dejando pagado por adelantado el costo de la clínica de Zoe. No alcanzó a llegar. Así que después de un par de meses de luto, volvió a Jamaica sin haber hablado a nadie nada de su realidad.

Pasaron otros dos años. Gohan seguía soltero y era el propietario de 'Los Planos de Goldthorpe'. Por razones que Edward no quiso averiguar, Gohan enfermó repentina y gravemente y murió.

Entonces Edward repitió el proceso de visitar Inglaterra, pero esta vez como heredero por ley de la propiedad familiar. Volvió a ella para tomar posesión y revisar y refrendar todos los contratos con el personal de servicio y poner en antecedentes a Anna de que posiblemente tendría que volver con una persona muy enferma que por razones muy fuertes estaba a su cargo. Nada más. Hizo las diligencias bancarias para establecer la posibilidad de trasladar fácilmente dineros entre los dos países y se volvió a Jamaica.

Regresó finalmente, de eso hacía diez años, con '*la mujer del tercer piso*' a quien inicialmente dejó en Londres en un hospital psiquiátrico con el ánimo de obtener toda la ayuda posible para llevar adelante el compromiso que había adquirido, sin explicar cómo había sucedido realmente, sino como una deuda con alguien que le había salvado la vida.

— Esta es mi situación real, mi querida amiga —dijo Edward y para terminar agregó con un tono de tristeza: "

— Soy un hombre casado. Esto lo saben solamente los familiares de Zoe, allá en Jamaica. Marlon su hermano, la adora y no creía que ella fuera capaz de cometer un acto violento. Espero que ahora haya cambiado de opinión, pero puedes estar segura de que él no olvidará nunca que yo soy su cuñado. Además, él es mi representante en los negocios que tengo en las Antillas. Para el resto de la gente soy uno de los solteros mejor cotizados de esta parte de Inglaterra...

En este punto, habían regresado a la casa y a la biblioteca. Julia le dijo que ella terminaría el plan de Emily hasta fin de junio, porque la niña estaría en ese momento lista para asistir a un buen colegio en Londres. Edward la miró sorprendido y Julia sonriendo le dijo:

— Confíe en mi, señor Robinson. Tengo claras ideas al respecto.

A continuación Julia se fue a su cuarto para completar el desarrollo de lo propuesto y prepararse para el regreso de Anna y sus compañeras de compras.

Terminado el trabajo que se proponía hacer, Julia se sentó a pensar en la historia de Edward y en las posibilidades reales de redención que pudieran aparecer en alguno o varios de los muy intrincados aspectos de su caso.

Fiestas en familia

Las fiestas cristianas de Navidad fueron celebradas en la casa Robinson siguiendo las tradiciones, haciendo una corta oración todas las tardes después de la cena y terminando con uno o dos cantos navideños que Julia había enseñado a Emily y que

practicaban durante el día con Lisa y con Anna, para formar un coro aceptable. Edward estaba sorprendido. Su infancia había tenido pocas veladas de este tipo, o habían sucedido cuando su madre aún vivía y él era demasiado pequeño para recordarlas. Además cortaron estrellas y campanas de papel y las pintaron de colores y con ellas adornaron un árbol constituido por una bonita rama de abeto, bien acomodada sobre una base de piedras traídas del jardín y lavadas previamente.

En la preparación de la Cena todos colaboraron. Incluso Emily tuvo su parte de trabajo adornando con fresas frescas una torta preparada por Anna y Lisa.

Para la última noche del año, Julia propuso que hablaran de cosas buenas o graciosas sucedidas en ese año. Cada uno debía contar algo agradable que hubiera visto o vivido o que le hubieran contado en ese año. Emily contó cómo fue el viaje de ella desde París hasta Calais y luego el tramo en el bote hasta Dover. Julia habló de una vez que se equivocó de camino y fue a dar a un lugar en donde solamente había una casa y en esa casa solamente una mujer pobre con su hijito, pero ambos se reían mucho y cantaban. Como ella llevaba más comida de la que necesitaba, lo bueno fue que pudieron compartir y después los tres hicieron una caminata hasta que Julia volvió al camino correcto. Ahí se despidieron y quedaron de amigos. La mamá y el niño la buscaron después, un día que fueron al pueblo y todos se rieron de acordarse de la maestra que se había perdido. Eso sucedió en Sheffield, cuando todavía era maestra en la escuela, antes de que tuviera el trabajo de Institutriz. Edward relató o inventó una historia de un encuentro con un saltimbanqui e hizo una demostración de algunas de las contorsiones del fulano. Lisa habló de un chico muy guapo que había conocido en una

feria y Anna recordó como muy bueno el gusto de recibir a Emily y después a Julia. Contó cómo se las imaginaba antes de que llegaran y como resultaron diferentes pero mejores que lo que ella suponía.

Estas sencillas actividades fueron acrecentando lazos invisibles de afecto entre los participantes. Julia no olvidaba que subsistían problemas cercanos que la rebasaban. Esa noche al irse a dormir pensaba en Edward. Aunque ella había tenido una vida difícil, su situación actual podría llamarse muy afortunada y no se comparaba con las consecuencias de la infancia y adolescencia de Edward que pesaban tan duramente sobre él y que no parecían tener ninguna posibilidad de mejorar en el futuro.

Reflexionando sobre posibilidades

—¿Qué podría hacer Edward, respecto de *esa persona* de la cual era responsable? —se preguntaba Julia

Llevarla a un manicomio en calidad de esposa, amiga, hija de un amigo, parienta lejana, o¿qué? y aunque lo hiciera no podía dejarla como cosa perdida. Tendría que ir con alguna frecuencia y enfrentar muchas discusiones al respecto, según sucedió con el primer lugar en Londres, del cual la retiró y optó por la situación actual por consejo de un médico eminente, como la que menos complicaciones le plantearía.

Luego, el tema del matrimonio. ¿Qué pasaría si Edward intentaba un divorcio?... Julia no conocía la doctrina anglicana al respecto pero podría averiguarlo. Se propuso estudiar el punto. Si a Enrique VIII, la Iglesia de Inglaterra le había

concedido el divorcio de sus esposas, ¿por qué se lo negaría a Edward?

Si Edward estuviera divorciado, aún conservando la obligación de continuar responsable de su ex-esposa loca, podría pensar en un matrimonio no religioso o incluso en una unión libre con una mujer diferente, sin que lo tacharan de adúltero y sin que su cuñado se le viniera en plan de oposición.

Después de pensar un rato, Julia llegó a la conclusión de que ése era un camino posible: buscar el divorcio. Con este pensamiento Julia se sintió sobre una posibilidad real para Edward de lograr una salida aceptable y abierta a esa oscura situación de secreto y dependencia. Se prometió primero leer y estudiar. Luego consultar con alguien que pudiera orientarla y finalmente comunicárselo a Edward.

Lo referente a Emily era una conclusión surgida de la idea de que una niña francesa, desenvuelta y graciosa como ella, después de los diez años debía estar más próxima a su mamá y estaría mejor con compañeras de su misma edad y aspiraciones. Era un plan absolutamente realizable, dado que Emily tenía un buen tío que pagaría un internado apropiado para llevarlo a efecto. En cambio sería muy contrario a su futuro permanecer en el aislamiento actual, agravado por la existencia de un asunto realmente feo e imposible de explicar a la niña si se diera el muy probable caso de que ella llegara a descubrirlo.

En Londres Emily estaría relativamente cerca de su madre, pues en un día ella podría llegar fácilmente desde París a visitarla. Eso era muy importante para las dos: que compartieran con frecuencia.

Así pensaba y sentía Julia y por eso lo planteó a Edward. Sabía que él podría entenderlo y que incluso sentiría alivio.

Con estas reflexiones en tal punto, Julia se durmió.

El nuevo año y las nuevas expectativas

Comenzó el año. Las rutinas, similares a las de todos los días, cumplían en apariencia el mismo ciclo de siempre. Sin embargo algo iba modificándose lentamente.

Emily mejoraba en su lectura y deletreo del Inglés y por supuesto avanzaba mucho en la manera de hablarlo y entenderlo al oído. Mientras en apariencia solamente se ejercitaba en el nuevo idioma, en su mente iban quedando grabadas pequeñas frases y consignas sobre la vida, sus alegrías, sus deberes, sus errores,... etc. Julia siempre aprendía nuevas cosas al lado de la preparación de las clases y tareas para Emily.

Aunque no le habían llegado directamente, Julia sabía por Anna y por Edward que *la señora enferma* perdía el control con mayor frecuencia a medida que pasaba el tiempo y hacía muy fuertes alborotos y gritos. En cuanto institutriz, Julia había tomado como rutina salir con Emily al jardín del lado diagonalmente opuesto al ala de esas habitaciones y así evitar que la niña se asustara del *animalejo ese* que tenían encerrado, como Lisa le había dicho cuando algún semi-aullido llegaba muy lejos.

Por otra parte, fue claro para Julia que Edward buscaba encontrársela aunque no fuera sino para saludarla al pasar y que la miraba siempre con una expresión de cariño y confianza. Un día Lisa llegó para llevar a Emily porque le habían mandado hacer un vestido y había venido la costurera a probárselo.

Cuando ellas se fueron, Edward se acercó y tomó asiento cerca para saber cómo iban esas clases. Julia aprovechó para explicarle por qué creía que Emily debía estar más accesible a su mamá, y al mundo real. Edward la comisionó para que buscara noticias sobre algún internado en Londres que pudiera ser apropiado, mientras iba pasando el primer semestre del año. Él por su parte le escribiría a la madre, indicándole la decisión tomada y asegurándole la pensión de la niña hasta que terminara de educarse. Se sintió bien y aliviado de una preocupación que no había concretado pero que le rondaba la cabeza cada vez que Emily tenía actuaciones como de adolescente. No se sentía preparado para hacer frente a ese momento y comprendía perfectamente que la madre es importantísima en esa edad de las niñas.

Proyecto en marcha

Pasaron los días de primavera al final de los cuales tenían en sus manos dos opciones de internado en Londres más una en París que había enviado la madre. Todas con sus correspondientes costos. Preguntada la madre sobre cuál prefería, ella dijo que por el primer año una en Londres. Tampoco estaba lista para tener a su hija a diario con ella. Julia recordaba muy bien cómo fue bueno para ella el orfanato. Cuánto más sería un colegio de clase elevada en donde no pasarían hambre las alumnas y además aprenderían a moverse apropiadamente en la sociedad que las esperaba.

Así fue como la propia Julia, después de todas las investigaciones, preparó a Emily para la nueva etapa que iba a comenzar. Le contó que ella misma había hecho algo parecido pero no en un sitio tan bonito como el que Emily tendría.

Además vería a su mamá en los fines de semana. La niña estaba contentísima. Con los modelos que les fueron enviados le mandaron a hacer los uniformes. Además otros vestidos para salir y le compraron dos pares de zapatos muy bonitos. Todo eso mantuvo a la niña distraída y olvidada de los ruidos que no le gustaban.

Llegado el momento, poco antes del comienzo del nuevo año escolar, el tío partió personalmente con Emily para encontrarse en Londres con la mamá y llevarlas hasta el internado. Sería la madre quien llenara las formas. Estaba acordado que Anna Brown quedaría registrada como 'acudiente de Emily Varens en Inglaterra' frente a la institución.

Así se hizo. El tío se despidió de ellas antes de la puerta de entrada del colegio, habiendo cumplido todas las formalidades y añadiendo el nombre, dirección y respaldo de Anna Brown para cualquier otro asunto que pudiera presentarse.

Julia por su parte, arregló su salida de la casa. Le explicó a Anna que ella volvería al final del año, pero que había acordado con el señor Robinson que se tomaría un intervalo de tres o cuatro meses para visitar a la tía política de Birmingham y a sus primos y también para dar una vuelta por el Norte con el fin de buscar a un pariente por el lado de su padre a quien nunca había visto, del cual últimamente había tenido noticias a través de otras personas.

Cuando Edward regresó encontró una carta de Julia, muy sencilla en la cual le pedía que mantuviera la fe en si mismo y también en ella. Que le escribiría de Birmingham y que pensaría en los proyectos hablados. Finalmente le repetía que confiara en ella. Que confiara en ella.

La decisión de viajar pocos días después de la salida de Edward fue tomada por Julia inmediatamente después de que ellos se fueron a Londres. Julia comenzaba a sentirse demasiado apegada a su patrón, demasiado atraída por él y sabía que si esperaba su regreso, le costaría mucho más esta separación que consideraba indispensable para el bien de ambos. Además, de una manera un poco confusa, sentía que la presencia suya en la casa era uno de los factores que había hecho aumentar la conducta violenta de *la mujer del tercer piso*. No podría explicarlo, y se decía a sí misma que seguramente eran tonterías de su imaginación pero tampoco podía desechar ese sentimiento.

Así que pidió a Anna el pago que estaba pendiente y sin más, se despidió de Lisa, dejó saludos a la enfermera y a los demás del personal del servicio y se fue después de asegurarles que para la Navidad estaría de nuevo ahí, para pasar esos días juntos y alegres como en la ocasión anterior.

Un viaje para pensar

Julia llegó a Doncaster y tomó un primer transporte hasta Sheffield. Quería visitar la escuela y averiguar sobre la señorita Temple a quien deseaba ver.

La visita a la escuela fue un acontecimiento alegre. Todas sus compañeras de trabajo y las que habían sido sus alumnas menores que todavía eran internas, estuvieron contentas de conversar con ella. La veían como un modelo de lo que podrían llegar a ser y eso le resultaba muy estimulante. En su corazón

Julia se sentía llena de gratitud por todo lo bueno que había recibido allá.

La señorita Temple se había casado y vivía en las afueras de la ciudad. La Directora misma le dio a Julia la dirección y la felicitó por sus logros y por el futuro que le esperaba el cual sería sin duda muy exitoso.

Julia tomó un coche para ir a la casa de la señora Joyce, que era el apellido de casada de la señorita Temple. Una casa muy bonita, rodeada por un jardín lleno de flores.

Abrió la puerta la propia señora Joyce, su querida y recordada directora. Ambas se emocionaron. Alice Joyce la hizo entrar con una hermosa sonrisa. Una bella niña de un año las miraba. Lisa la miró enternecida y exclamó al verla: ¡Es preciosa!

Alice la invitó a su cocina porque necesitaba atender el horno que funcionaba en la cocción de un asado para la cena. Se sentaron y comenzaron a hablar de todos los recuerdos. En particular de la dulce Helen que ambas quisieron mucho. Alice le dijo que ella cuando había encontrado a Helen que acababa de morir en brazos de Julia sintió tanta ternura que se le borró el sufrimiento que tenía en ese momento. Fue un consuelo enorme ver que su niña consentida, porque desde el comienzo Helen fue una niña lista para morir y Alice la había cuidado y amado mucho, en la hora definitiva, Helen fue feliz abrazando a su amiga del alma. Que si ella, Alice hubiera podido elegir la forma de darle una última alegría a Helen no habría podido lograr nada mejor. Julia sintió que una lágrima rodaba por su mejilla al escuchar el recuerdo de Alice.

Luego Alice se preocupó por saber de Julia. Supo que apenas en ese momento estaba en vía de volver a ver a su familia, desde el

día del ingreso a la escuela... diez años atrás. Luego Julia quiso hablarle de lo que le preocupaba más. La situación de Edward y el amor que sentía por él y que, estaba segura, él también sentía por ella.

Alice le dijo que tenía que ser posible porque era absurda la situación de ese hombre y también de esa mujer loca sin ninguna capacidad de tomar una decisión. Le prometió hablar con un sacerdote estudioso de los problemas de matrimonios anglicanos y tomó nota de tiempos, de edades, de situaciones y también de médicos y clínicas. Julia traía todos esos datos. Se había acordado de la carta al doctor Lake que la había salvado de una situación horrible de rechazo y por eso recogió todos los apuntes y preguntó a Edward sobre fechas y demás detalles. Alice le prometió hacer todas las averiguaciones y tenerlas listas para cuando Julia pasara de nuevo, al regreso de Birmingham. Luego invitó a Julia a que se quedara a cenar con ellos. Su esposo llegaría en pocos minutos.

Julia aceptó y mientras tanto jugueteó un poco con la linda niña de su antigua directora y maestra y ángel.

Después de esa tarde tan llena de cosas buenas, Julia se despidió de sus anfitriones y prometió estar de regreso en unos pocos días o escribir en caso de que por alguna razón debiera demorarse.

El día siguiente muy temprano, pues había dormido en una posada junto a la estación de Sheffield, tomó un transporte directo a Birmingham.

La visita a su tía fue extraña y desagradable. Harriet Moore estaba enferma y pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. Su enfermedad era nerviosa y además se aumentaba con

problemas estomacales que la hacían ver muy deteriorada. Sus primas elegantes y aisladas, saludaron a Julia con desdén. Su primo no estaba en la casa. Esto fue motivo de tranquilidad para Julia. Esperaba despedirse y salir antes de que regresara.

La tía la miró y con su gesto despectivo, aunque en voz mucho más baja, le dijo que la veía bien. Que ella había lamentado que Julia no fuera víctima mortal del tifus de la escuela. Pero que ya cumplidos los dieciocho las dos no tenían nada que ver una con otra...

Luego un poco atontada habló de su hijo John y de que ella no tenía dinero para darle porque él siempre necesitaba dinero y con urgencia y era por esa preocupación que ella había enfermado de los nervios, cosa que Julia entendió perfectamente. Siguieron unos minutos de sopor y después estiró la mano mientras señalaba a Julia su peinador y de forma difícil de entender, le dijo que abriera un cajón y que ... hay.. una ..carta ..para.. usted..., aunque yo dije que usted estaba muerta, esa Bessie dijo que no y ahí la dejaron.

Julia buscó la carta y después de mirar el sobre, la guardó, mientras terminaba la visita a su tía, esa mujer orgullosa que parecía una ruina por causa de su niño mimado, el mismo que había sido malo con Julia en sus días de infancia. Finalmente se despidió. Salió para hacer lo mismo con sus primas. Con ellas dejó un saludo para John y salió con Bessie quien quiso acompañarla a la casa del doctor Lake, a quien Julia quería visitar y agradecer.

Fue breve la conversación con el buen médico. Se acordaba perfectamente de su paciente. Por él Julia supo que el párroco que gestionó su aceptación en la escuela de Sheffield había

muerto. Lamentó no haber tenido la oportunidad de agradecer también a él. Julia no podía ni imaginar lo que hubiera sido su vida sin esa providencial intervención del doctor y el curita.

Bessie, su amiga fiel, la esperaba a la salida. Le contó que ella era ahora la señora Gliddery, que su esposo era Bob, el cochero de la casa Moore y que tenían dos niños. Luego le contó que desde que la señora Harriet estaba en la cama, ella iba todos los días un rato a acompañarla porque las hijas no se preocupaban y el muchacho era un completo borracho aunque fuera tan joven y solo llegaba a pedirle dinero y más dinero. Que si no fuera porque ellos solo entraban en posesión de la casa cuando la madre muriera, ya habría obligado a sus hermanas a venderla para beberse la parte que le correspondiera a él.

En la estación, con Bessie a su lado, Julia leyó la carta que estaba en el tocador de su tía. Era de su tío John Tyler. Venía de Bradford, el pueblo en donde Julia nació y decía que ese tío quería adoptarla a ella. Que si la carta llegaba a sus manos, que lo buscara. Había sido escrita y firmada tres años antes. Entonces Julia decidió que, después de pasar por Sehffield iría de una vez hasta Bradford para saber de ese tío y luego volvería a Doncaster apuntando a llegar en los comienzos de Diciembre. Escribiría a Edward en Sheffield, antes de salir para Bradford.

Se despidió de Bessie, enviando saludos a su esposo y besos a los niños y tomó el transporte para volver a casa de Alice Joyce, su amiga, protectora y actual consejera.

En una visita corta a Alice, Julia supo por su ella que el divorcio para Edward era perfectamente posible de lograr. Debía instaurarlo él mismo en cualquier diócesis de la Iglesia de Inglaterra y el trámite tardaba entre tres y cuatro meses. Alice

entregó a Julia copia de todos los documentos en donde podía afirmarse la solicitud. Eso sí, una vez divorciado, quedaría libre de todo vínculo u obligación con su ex-esposa, salvo ayuda para la subsistencia en caso de extrema pobreza de ella, pero no podría contraer nuevo matrimonio anglicano con otra mujer, mientras la anterior continuara viva.

Julia estaba feliz. Realmente sus pensamientos la habían preparado para aceptar una unión libre si Edward no tenía problemas con ello. Lo que nunca podría aceptar sería una condición de 'adulterio', que en sí misma implicaba un delito y que impediría completamente el desarrollo de una familia normal, con hijos, que era su idea y su meta.

Después de explicarle esto a Alice, ella le aconsejó un matrimonio no religioso en Francia, contra el cual no había ninguna ley inglesa que pudiera desconocerlo. Con esto estarían solucionados todos los problemas. Julia abrazó a Alice y se despidió con ternura de la pequeña Mary Joyce. Enviando un saludo efusivo para el esposo y papá, Julia salió de una vez hacia la estación, consciente de que era largo el viaje hasta Bradford.

Faltaba una hora para la salida del último transporte para Leeds, cerca de Bradford cuando Julia, acabando de comprar su tiquete se sentó a escribir un reporte a Edward de lo que llevaba hasta el momento sin mencionar palabras como loca, divorcio, matrimonio, ni nada relacionado, aunque todo estaba relacionado y él entendería. Nuevamente le pidió que confiara en ella, asegurándole que en los primeros de Diciembre estaría de nuevo en 'Los planos de Goldthorpe'. En ella, antes de firmar, enviaba un gran abrazo para Anna y Lisa. Llevó la carta

al correo próximo, compró algo para merendar por el camino y, en cuanto llegó, subió al carro.

Tomando precauciones

Edward y su casa habían estado muy agitados durante las dos semanas de ausencia del patrón. Al día siguiente de la llegada de él, la enfermera Gerbs en cuanto supo de su presencia en la casa, lo mandó llamar para informarle que era muy preocupante el estado de *la mujer a su cargo*. Que parecía estar agitada por algún ruido o ausencia de ruido. Que continuamente se ponía contra el suelo para escuchar atentamente y se levantaba inquieta. La enfermera pensaba que lo que quería la mujer era oír los pasos de la niña. También recordaba en Londres, de otros internos aquejados por el mismo tipo de locura, que adoraban a los niños que una que otra vez aparecían en un patio con sus madres y querían abrazarlos y besarlos, que esos locos furiosos se ponían como ovejas dulces en presencia de un infante. Sin embargo, aunque ella nunca supo de ningún ataque o golpe contra un menor, todos tenían que estar alertas para impedir que los furiosos pudieran ver ni oír niños. Ella creía que de eso se trataba: que *la señora a su cargo* sabía que había una niña en la casa y no la escuchaba.

Edward la tranquilizó contándole que la niña estaba en París con su mamá, pero tomó nota de los comentarios de la enfermera respecto del tema de los locos y los niños. Entonces recordó los lejanos días siguientes a su matrimonio, cómo Zoe, al despertar en las mañanas, casi siempre le preguntaba si habría ya un bebé creciendo en su barriga y él hacía risa del asunto y pintaba en un papel un muñeco siempre feo, porque sus

capacidades al respecto eran nulas, pero ella lo tomaba con seriedad y besaba el trozo de papel.

La enfermera acudió a la camisa de fuerza con la cual habían traído a Zoe desde Londres. La lavó y la puso a secar al sol. Cuando estuvo seca la extendió para revisar las costuras y la tela por si había sido trozada en alguna parte. La encontró en buen estado y la guardó en el mismo lugar que ocupaba, envuelta en el mismo papel y con los mismos objetos que tenía alrededor antes de que ella la sacara. Cuando un loco está excitado cualquier cambio en lo que le rodea puede provocar en él la tendencia inmediata a atacar violentamente. De todos modos comunicó a su patrón que era oportuno traer otra persona, posiblemente un hombre, para que la reemplazara el tiempo que ella necesitaba dormir. En esencia eran dos períodos de tres horas en el día. Pero esa persona debía tener fuerza y alguna experiencia con ese tipo de enfermos. Edward escribió directamente al hospital y al psiquiatra encargado con quien había hablado en su viaje anterior, comunicándole los elementos del reporte de la enfermera y pidiendo si le fuera posible conseguir y enviar ese apoyo que ella necesitaba.

Fue él mismo al correo para enviar la carta y encontró la de Julia, escrita en Sheffield antes de salir hacia el norte, firmada tres días antes. Edward regresó a la casa pensando si Zoe no extrañaría también a Julia. Se alegró de saberla a salvo, en el caso de que ésa fuera la cuestión o tuviera que ver con ella.

Al llegar habló con Anna y le contó lo que decía la enfermera y el cuidado que era preciso tener por si el caso fuera un empeoramiento de la condición cerebral de *la mujer* en cuestión. No tenían ninguna idea clara de a quién atacaría o qué daño podría causar. Edward le pidió que informara a las demás

personas del servicio, sin que hicieran aspavientos, que era necesario que se cuidaran unos a otros. Además le informó que posiblemente llegaría alguien de Londres, tal vez un hombre, experto en cómo vigilar y controlar ese tipo de enfermos, para que la enfermera Gerbs pudiera descansar el tiempo necesario. Cambiando de tema le contó respecto de la carta de Julia en la que ella informaba que iba hacia el norte en busca de unos parientes desconocidos que la habían buscado en Birmingham y estaría de regreso en diciembre. La señora Brown estuvo totalmente de acuerdo y ella misma se sintió mejor de saber que Emily y Julia no estuvieran en la casa.

En la noche el propio Edward quiso reemplazar un rato a la enfermera. Estuvo hasta la medianoche sin dejarse ver directamente de Zoe, sino desde el cuarto contiguo, en donde hacía ruidos no muy fuertes pero que indicaran a ella que no todos los que tenía cerca estaban dormidos. La enfermera se paró después de haber descansado y al mirar la tranquilidad de la enferma entró en una especie de sospecha de que a esa mujer le gustaba que Edward estuviera cerca, o al menos se sentía calmada con su proximidad.

Así pasaron dos días tranquilos sin gritos ni gruñidos. Todos se relajaron un poco y bajaron la tensión nerviosa. La tercera noche llegó la ayuda enviada desde Londres. Un hombre fuerte, aproximadamente de la edad de Edward, muy cortés y entendido en el asunto. Miró el lugar. Se hizo una idea clara de los cuartos habitados, en particular del cuarto del dueño y del de Lisa que era la más joven. Aclaró que sucedía frecuentemente cuando se trataba de mujeres con ese problema mental, que ellas celaban al jefe, fuera médico u obrero, pero al que mandaba lo consideraban algo de su propiedad como su

enamorado, o su marido, y celaban a las mujeres más jóvenes como posibles rivales. Si había niños, sin excepción los consideraban sus hijos y los seguían de lejos y los cuidaban a su modo.

A Edward le recomendó que no se acercara mucho a la señora. Que estuviera alerta pero siempre de lejos. Que mejor que ella no pudiera verlo. Lisa debía permanecer alejada, sobre todo cuando la cocina quedaba vacía, que no se acercara por allá.

La presencia de un ayudante experto fue una gran ayuda y el movimiento de la casa continuó normalmente.

Una vuelta importante

En ese mismo lapso de tiempo, Julia había llegado a Bradford, con la carta de su tío a modo de identificación. Sin ninguna dificultad supo que el tío había muerto y al preguntar por otros miembros de la familia, le informaron que para ella lo mejor sería ir a Wakefield en donde vivía el resto de la familia Tyler-Smith. Allá sin duda, ellos le dirían si hubiera quedado alguna propiedad para repartir con ella pues el señor John no había tenido hijos.

Julia quiso pasear un poco antes de ir a Wakefield, recordando lo que su madre le contaba de la casa en donde ella había nacido y donde su padre había muerto. Preguntando en una y otra parte, finalmente supo que esa casa todavía existía pero que estaba un poco lejos del pueblo. Resolvió buscar un alojamiento y madrugar para visitar los lugares de su infancia, los que su madre recordaba con tanta nostalgia en los últimos meses de su vida. En la posada buscaron un niño de unos doce años que vivía por esos lados y quiso acompañarla sin cobrarle. La mujer

que buscó al niño le sugirió que algo que ella le quisiera dar le serviría al chico y sobre todo a su madre. Julia le hizo un guiño de acuerdo con ella y salió contenta a su paseo.

Una caminata de más de una hora y al fin el niño extendió el brazo para señalar una casita pequeña que apenas asomaba a la vista. Continuaron hasta llegar frente a ella. El niño golpeó pero nadie salió. La puerta que estaba sin ninguna traba se abrió un poco y Julia supo que estaba habitada, porque había olores y calor de gente, aunque evidentemente habían salido. No entraron.

Se sentaron ella y el niño sobre unas piedras que hacían de borde del camino frente a la casa y esperaron. Al fin oyeron un mugido y vieron una mujer con un cántaro que se acercaba. Detrás había quedado una vaca con su ternero.

La mujer saludó sonriente. Se la veía alegre de tener visita. Julia le contó las razones que tenía para venir y la mujer le dijo que sí, que ella había oído hablar de un dueño que había muerto años antes de que ellos, es decir su marido, ella y su hijo, llegaran a vivir ahí, explicándole que los hombres salían a trabajar en labranzas cercanas desde muy temprano. Le enseñó la casita y les ofreció un vaso de leche a cada uno. Julia quiso saber de dónde sacaban el agua, si la cocina siempre había estado en donde estaba, si le habían hecho reformas a la casa... quería imaginar la vida de sus padres ahí, con ella pequeñita. Sin duda no habían tenido mucho dinero, pero vivieron en un lugar seco, bien construido pues la casa estaba perfectamente parada y su techo funcionaba bien, y sin duda su madre tendría flores alrededor y algunos adornos sencillos en el interior.

Después de una hora de conversación, Julia dejó a la mujer un papel con su dirección, por si acaso alguien preguntara por ella o por algún descendiente de Jack Tyler. También agregó unas monedas por la leche y se despidió.

Miró el paisaje de páramo, respiró el aire frío y se fue alejando lentamente. Si ella hubiera encontrado un amor verdadero en ese páramo, también habría ido a vivir allá muy contenta. No le quedaba duda de que su madre, de alguna manera, vivía ese momento con ella.

El niño que la acompañaba quiso quedarse por el camino, porque su casa estaba para otro lado, no hacia el pueblo. Julia le agradeció y le dio una moneda grande. Al mirar la moneda, la cara del niño se ensanchó en una amplia sonrisa y dijo "¡Gracias!" con mucho ánimo. Luego de mirarla de nuevo, añadió: "¡mi madre va a estar feliz!", y salió corriendo y saltando.

Descubriendo la familia

Julia consiguió transporte a Wakefield. Llegó por la tarde y preguntó por la familia Tyler, o Smith, pues no estaba segura de cuál de los dos era su pariente, si el padre o la madre. La enviaron a la Iglesia, pues, dado que el párroco se llamaba Marvin Smith, allá podría encontrar mejores referencias.

En la casa parroquial la atendió una mujer de servicio, de unos cincuenta años de edad y le dijo que el párroco era hijo de una señora cuyo apellido de soltera había sido Tyler, quien había muerto unos años antes. Infortunadamente el señor Smith, padre del sacerdote, había muerto la semana anterior en un poblado pequeño situado a una hora de camino, en el cual el viejo señor

había vivido sus años de viudez con sus dos hijas solteras. El sacerdote había viajado por motivo del entierro y duelo y regresaría a la parroquia en el término de diez días. Esa misma señora, por solicitud de Julia, mandó llamar un cochero que conocía la casa para que la llevara hasta allá..

Julia, emocionada de saber que tenía tres primos hijos de una hermana de su padre de quien ella no había escuchado hablar nunca, hizo el viaje sin poder recordar ninguna palabra de su madre relativa a esas personas. Pensó entonces que las circunstancias del poco tiempo que vivió en Bradford debieron ser duras para ella con su padre enfermo y su hijita tan pequeña y que quizás no los vio nunca. Así llegó a casa de sus primos Smith cuando anocheía.

Al escuchar el ruido del coche, alguien se acercó para abrir la puerta. Julia pagó y agradeció al cochero, quien no partió inmediatamente sino esperó, mientras le explicaba: "es por si el 'padre Marvin' quiere mandar algo a la parroquia", y enseguida saludó "Buenas tardes padre" a quien abrió la puerta en ese momento.

El 'padre' hizo una señal al cochero para que esperara mientras saludaba atentamente a Julia y llamaba a una de sus hermanas para que la atendiera. Cuando llegó la joven e hizo entrar a Julia, el sacerdote se quedó hablando con el cochero.

Julia empezó por manifestar a las dos hermanas Blanche y Carol, sus condolencias por la muerte del padre. Luego se presentó como Julia, la hija única de Jack Tyler, explicando a continuación que esa misma tarde en Wakefield ella había sabido que ellos existían y desde ese momento no lo podía creer y estaba realmente emocionada de conocerlos.

Blanche y Carol eran respectivamente cuatro y dos años mayores que Julia. Su hermano Marvin tenía tres años más que Blanche. Ellas sí sabían que su madre había tenido un hermano menor que había muerto hacía mucho tiempo y que había estado casado por solo dos o tres años con una señora del sur, de quien nunca conocieron el nombre. Tampoco supieron que había tenido una hija porque la viuda se había vuelto a su tierra para vivir con un hermano rico que era su único familiar y la madre de ellos no intentó localizarla.

Ellas explicaron a Julia que su 'pobre mamá' ya tenía problemas con su esposo por causa de su propio hermano, John Tyler, el tío mayor. Los dos cuñados se pelearon duramente y John se fue de viaje y desapareció de la vida familiar. Así, aunque ella hubiera deseado encontrar a su cuñada, no tenía ninguna forma de hacerlo.

Julia entonces preguntó por ese tío John, explicando a sus primas que había sabido de su existencia hacía apenas quince días, por una carta de él enviada desde hacía tres años para Julia Tyler a la casa de la viuda de su tío. Esa señora no la quería a ella y había contestado una carta anterior del tío John, en la que le comunicaba a él, que Julia había muerto de tifus en el orfanato de Sheffield, pero él investigó en Sheffield y supo que Julia seguía viva y volvió a escribir a la casa de la tía. Ella, entonces la había mandado llamar. Julia viajó en cuanto pudo y la señora Moore le entregó la segunda carta de John Tyler.

En este punto, Julia sacó la carta y la pasó a sus primas, mientras terminaba el relato de su viaje hasta Bradford y subsiguiente noticia de la muerte de John Tyler y de la posibilidad encontrar informes sobre otros parientes en Wakefield y los pasos finales hasta llegar a ese encuentro.

Marvin, quien había llegado en medio de la charla, permaneció en la entrada para no interrumpir y pudo escuchar todo el asunto de las cartas del tío John. Mientras Blanche y Carol leían, él se acercó y cuando ellas terminaron, explicó que había escuchado todo y que se alegraba de conocer a su prima. Que tenía algo para informarles a todas tres al respecto.

Blanche dijo que si preferían hablar del asunto de inmediato o preferiblemente, puesto que la cena estaba lista, lo dejaban para después; que entonces hablarían de todo lo nuevo que tan de repente les llegaba a todos. Marvin le dio toda la razón y procedieron en consecuencia. Carol llevó a Julia al cuarto de huéspedes para que pudiera cambiarse después de un día tan movido. Marvin hizo lo propio y pronto todos se sentaron a la mesa.

Información sorprendente

Julia supo que sus primas tenían trabajos intermitentes como institutrices o como costureras o como ayudantes en oficinas de abogados y otras ocupaciones similares. El padre había estado débil y sin mucha fuerza durante sus últimos años y Marvin de su módico ingreso como párroco, les ayudaba en parte con el alquiler de la casa y trataba de ahorrar porque deseaba vivamente viajar a la India como misionero. La Iglesia debía concederle el permiso para hacerlo pero los gastos correrían por su cuenta. Él calculaba que en el término de dos meses tendría la respuesta oficial.

Julia les contó de su contrato de institutriz ocasional y profesora de dibujo en las cercanías de Sheffield —pues no deseaba precisar demasiado antes de conocer mejor y sentirse en confianza con estos miembros de su familia— y del tiempo de

vacaciones actual, tiempo que ella se había tomado para viajar hasta Birmingham y que se alargaba más de lo planeado.

Terminó diciendo que esperaba enviar una carta a la Directora, explicando las razones y estableciendo la fecha más posible de su regreso.

Finalizada la cena, pasaron a la salita para conversar relajadamente.

Julia se sintió muy unida a sus primas. En cuanto al sacerdote, no logró sentirse en confianza. Se sentía tensa y a ratos hasta atemorizada cuando él expresaba sus ideales misioneros con una exaltación que ella no podía comprender. Tal vez era demasiado místico. Hablaba de la misión espiritual como si fuera un trabajo que nada tenía que ver con el afecto real a la gente y no estaba claro para qué se hacía misión, aparte de bautizar y convertir a los indios y aumentar así el número de cristianos que frecuntaran las iglesias. No parecía tener importancia la vida personal y familiar, ni la felicidad posible en esa tierra para esos nuevos cristianos... en fin, se sintió malvada porque no entendía realmente cuál era el objetivo de hacer misión ni el beneficio en las vidas humanas de dedicar la propia vida a ese trabajo sin duda lleno de sacrificios, en un país tan lejano y diferente.

Las hermanas escuchaban a su hermano con respeto pero no manifestaban entusiasmo por el tema. Ninguna demostraba deseos de acompañarlo, así fuera por un tiempo limitado.

Finalmente, hablaron de la familia Tyler y de los lazos que los unían. Julia les expresó que se sentía realmente muy feliz de saber que ellos eran sus primos, por el lado paterno de ella. Que deseaba continuar con una relación que pudiera afianzarse y

crecer en adelante. Luego les dijo que le había llamado la atención lo que le dijeron en Bradford cuando preguntó por el señor John Tyler: Le contestaron que había muerto hacía algún tiempo, que si había parientes deberían estar por lados de Wakefield y que si había propiedades para repartir, seguro que ella sería uno de los beneficiados y estarían esperando que se presentara porque el señor Tyler era soltero.

Realmente lo de las propiedades no era el tema de su interés. Ella toda la vida había deseado tener una familia cercana. Después de que su tío Albert Moore murió cuando ella tenía diez años, los primos por ese lado no la quisieron en absoluto debido a su pobreza y para la tía ella fue siempre un estorbo. Que por suerte el médico había aconsejado una escuela-hospicio y ese internado la había salvado de una vida terrible, entre otras cosas porque ella comenzaba a volverse agria y llena de ira, casi permanentemente.

Marvin había tomado la carta que sus hermanas leyeron y, hablando de ella explicó que él también había preguntado sobre alguna propiedad que ese tío hubiera dejado y a la cual tuvieran ellos algún derecho. Que el mismo día en el cual él salía de la parroquia hacia la casa debido a la noticia de la repentina muerte su padre, había llegado a la parroquia una notificación para que se presentara en una oficina de abogados en donde le darían informes en relación con sus preguntas. Que eso pensaba hacer al día siguiente, si ellas no se oponían. El Iría a Wakefield y regresaría en el mismo día con noticias al respecto. Todas manifestaron su acuerdo.

Mientras se dormía, esa noche Julia sentía algo de temor sobre ese asunto de 'heredar' al tío John. Ojalá no fuera ella la heredera, pero pensaba en la búsqueda que ese tío había hecho y

algo le respondía que ese sería el caso. Sus primos lo necesitaban mucho más que ella. Sobre todo por la idea tan tenaz y obsesiva, le pareció a ella, de irse como misionero por parte de Marvin. Finalmente ella tomó la decisión de repartir lo que fuera con ellos, en el caso de que hubiera algo para repartir. Con esa decisión se tranquilizó y pudo dormir bien.

El día siguiente fue para Julia un día feliz y diferente de todos los días que había vivido. Tenía dos hermanas que se parecían a ella y pensaban como ella en relación con la vida, las cosas importantes y la fe en lo que creían bueno. Pensó en que si no tuviera el amor de Edward metido en el fondo mismo de su corazón, ella se vendría a vivir con ellas, sin dudarlo.

Anocheciendo llegó Marvin. Julia desde lejos observó en él una expresión extraña: un poco huraño, un poco malgeniado, un poco seco, pero de todos modos muy dominado, la saludó con toda amabilidad y a sus hermanas con cariño. Luego quiso que cenaran y después hablarían.

El informe sobre lo que el fallecido John Tyler había señalado en su testamento fue:

A los tres hijos de su hermana Amelie, les dejaba un total de doscientas libras para los gastos del luto, y esta era la parte que los abogados tenían para ellos y que le fue entregada inmediatamente en una nota bancaria.

Marvin les contó que él había preguntado si había otros herederos y que ellos contestaron que sí los había pero que no podían dar ningún dato sino a los mismos interesados. De forma que si él sabía en dónde localizar a otros parientes, debía informarles directamente a los interesados o a ellos, a los abogados, para que ellos les notificaran que debían presentarse.

Todos miraron a Julia. Ella dijo que seguramente sería algo similar porque de cuenta de qué sería diferente si ella nunca vio a ese tío, ni él a ella. Concluyó expresando que al día siguiente ella iría, y prefería hacerlo con ellos, para que todos se informaran simultáneamente del asunto.

Marvin les dijo que él las esperaría en la casa parroquial. Que no quería parecer un gendarme vigilando a nadie. Pero en fin, todos estuvieron de acuerdo con el asunto, fuera lo que fuera que de ahí pudiera salir. Esperaban saberlo al día siguiente.

Al día siguiente las tres primas entraron en la oficina de los abogados y Julia se adelantó para notificarse. Como comprobante, ella llevaba la carta de su tío, fechada tres años antes, en la cual decía que deseaba adoptarla como hija. Ella la presentó al abogado y explicó que hacía menos de un mes que se la habían entregado en casa de su tía.

Los abogados hicieron un concilio de un rato y luego salieron para decirle que, efectivamente la caligrafía y la firma eran las del señor John Tyler y que ella era la heredera de veinte mil libras que le serían extendidas, debida la cantidad, en una nota del banco, al día siguiente. Ella rápidamente preguntó si no sería posible que en lugar de un cheque por veinte mil le entregaran cuatro de cinco mil, uno para cada uno de los cuatro sobrinos del muerto.

Los abogados dijeron que se necesitaba nombrar un juez que escuchara las razones y diera un fallo. Ella dijo que cómo podría conseguir ese juez. Ellos muy sorprendidos por la energía de la joven, le dijeron que para el día siguiente le tendrían una respuesta. Entonces ella dijo que si se la podían enviar, con los costos a su cargo, a la residencia de sus primas,

les quedaría mu agradecida. Dejó una solicitud firmada por ella y con los nombres completos de los cuatro destinatarios de las notas que expediría el banco si su solicitud fuera aprobada por el juez.

Propuesta poco sentimental

Aunque Marvin se opuso a la decisión de Julia, ella convenció a los tres de que en toda justicia, no había ninguna razón válida en sí misma para esa decisión de un tío que solamente tenía en su cabeza una vieja rencilla. Que, estrictamente hablando, eso era injusto. Pero que no eran ellos sino un juez quien decidiría y ella aceptaría el fallo. Además, si fuera favorable como esperaba, ella les pedía que lo aceptaran ellos también. Finalmente afirmó que, encontrar tres hermanos después de haber deseado por veinte años tener una familia, valía inmensamente más que cualquier suma de dinero.

El Juez de Oficio, después de escuchar a la solicitante aceptó sin restricciones su voluntad. Cada uno recibió su nota. lo celebraron con una cena alegre en un lugar especial y regresaron a la casa.

Cuando se desearon las buenas noches, Marvin dijo a Julia que si le permitía unas palabras. Ella aceptó con gusto y los dos se sentaron en la sala. Después de que Carol y Blanche se hubieron retirado, Marvin habló para proponerle a Julia que lo acompañara a la India como su esposa. Que el hecho de haber repartido su herencia como ella lo hizo, fue para él la señal de que Julia era la colaboradora perfecta para él en la Misión que esperaba fundar y realizar. Que esperaba de ella un Sí como respuesta.

Julia se quedó completamente inmóvil y aterrada. Ni una palabra parecida a amor. Ella contestó simplemente 'No. No es posible'. Luego le agradeció pero le dijo que no. Que ella tal vez serviría como ayudante pero nunca como esposa de un misionero. Que no compartía esa vocación aunque la respetaba y la admiraba.

Marvin, acostumbrado a que sus hermanas, su secretaria parroquial, las señoras de la Catequesis y todo el sector femenino de sus parroquianos aceptaban siempre incondicionalmente sus decisiones respecto de los deberes que asignaba a cada una, no estaba preparado para esta negativa. Entabló con Julia un diálogo de superior hacia inferior, diálogo que llegó a un punto casi insoportable para Julia, pero que terminó abruptamente cuando Marvin dijo: "Espero el Sí hasta el próximo domingo, porque, según las normas nos casaremos quince días después". Sin más, "¡Buenas Noches!" dijo y salió con gran aplomo y seguridad en sí mismo.

Julia pensó: "Espero que se aleje de la casa para hablar con Blanche y Carol e irme enseguida".

Marvin estaba seguro de que Julia cedería. Al día siguiente habló de volver a la parroquia por razones urgentes relacionadas con su viaje a la India. Se despidió prometiendo que el sábado por la tarde estaría de vuelta.

Julia habló con todo cariño a sus nuevas hermanas y les explicó el motivo por el cual adelantaba su viaje de regreso, sin detalles del lugar ni de las personas que la esperaban. Les prometió que les escribiría una vez que Marvin se hubiera ido para India. Confiaba en ellas.

Ellas se alegraron de que Julia no hubiera aceptado semejante propuesta. Siendo las hermanas del misionero no estaban de acuerdo ni siquiera con lo de la Misión, porque esa había sido una idea fija de Marvin desde cuando era niño de escuela y escuchó a un sacerdote hablar mucho de la vida en India, de la gente, del calor... porque ese sacerdote había sido misionero por tres años allá y esa idea condujo toda la infancia y juventud de Marvin y lo llevó a hacerse sacerdote, siempre pensando en viajar a la India; mucho menos estarían de acuerdo con eso de un matrimonio al vuelo. Quedaron en que pondrían una nota en el diario regional, el domingo siguiente a la salida de Marvin. Así Julia solo tendría que estar pendiente de las publicaciones dominicales de los diarios.

Esa misma tarde de jueves, Julia se fue a Wakefield, durmió en una posada y el viernes a primera hora salió para 'Los planos de Goldthorpe'

Regreso antes de lo prometido

Julia pensó en su promesa de volver para Navidad. Faltaba más de un mes pero algo la urgía a regresar. Era una presión permanente desde la noche de la celebración por la herencia y posterior propuesta matrimonial... Lo cierto es que por poco Julia pierde la calma aparente antes de que Marvin dejara la casa. Cuando el viaje llevaba diez horas de irregular avance, a su pregunta le respondieron que en unas tres horas estarían en Doncaster. Nunca había viajado antes por ese camino cuyas condiciones eran inferiores a las de los otros, más utilizados. Le pareció larguísimo.

Una vez en Doncaster se acercó a la posada en donde siempre dejaban a guardar equipaje cuando se tenían que demorar. Ella

no iba a dejar nada sino quería saber si había habido algún hecho irregular en 'Los planos de Goldthorpe'.

La cara de la dueña al verla, confirmó el gran desasosiego de Julia .

— Señorita Julia, ¡qué bueno que llega usted!, el pobre señor Robinson está solo y enfermo y necesita alguien de confianza cerca y además no deja arrimar a nadie, pero a usted, seguro que sí. Desde el día en que yo lo vi, ese día de la caída del caballo, supe que usted era la única que podría haber hecho eso y ahora creo que es la única que puede darle alguna ayuda. La señora Brown está viviendo en el hotel, pero mejor vaya usted directo a la propiedad. Cuanto antes esté allá mejor para él y para todos los que estamos tan preocupados.

Julia asombrada e ignorante preguntó:

— Pero ¿qué pasó?

— Ay, señorita. Hace ocho días se quemó la casa. Dicen cosas raras. Que una loca la incendió y se tiró del tercer piso..., que no fue una loca, sino una enfermera..., yo llegué a pensar que de pronto usted estaría muerta, porque nadie hablaba de usted. Pero cuando vino la señora Anna me dijo que usted estaba en donde sus familiares en el sur. Pero lo cierto es que el señor quedó ciego y perdió una mano. Está viviendo en la otra casa, ésa que queda por el borde opuesto de la propiedad. Cualquier coche la puede llevar directo allá —dijo la dueña.

— Pero ¿Quién está con él? —preguntó Julia

— Solo Lisa y su marido que es Tom, el cochero. Se habían casado ocho días antes del incendio. Solo ellos lo acompañan y él no recibe a nadie más —contestó la mujer. Julia preguntó..

— Bueno, por favor, manda buscar un coche para que me lleve. Dame si tienes un par de botellas de vino bueno, unos panes frescos, el mejor jamón... en fin, con qué servir una mesa que pueda tentarlo a comer bien.

— Te agradezco que me hayas avisado. Dile a Anna que regresé y que con Tom le escribiré una carta después de que tenga claro qué podemos hacer —y Julia añadió:

— Menos mal que Emily no está por estos lados...

El cochero que la llevó, mientras conducía iba repitiendo continuamente...

— El señor Robinson es muy buena persona. Eso que le pasó si fue muy mala suerte. ...Siquiera que vino usted...

Julia sonriendo le interrumpió para decir:

— Gracias. Déjeme por favor en donde sea que yo me pueda bajar sin que él escuche los caballos porque me dice la dueña de la posada que no recibe a nadie. Entonces tengo que entrar como si fuera un ladrón. —El cochero se rió un poco, Julia agradeció y le pagó. Además le dijo que por favor buscara a Tom para que bajara las cosas sin hacer mucho ruido.

El desastre

Diez días antes del regreso de Julia, la enfermera Gerbs continuaba preocupada por la actuación de su paciente. La veía cada día más obsesionada con cualquier ruido de la casa. Parecía identificar los pasos del hombre que la cuidaba, aunque no lo había visto, era evidente que ella sabía que él estaba en el cuarto de al lado mientras la enfermera dormía sus tiempos y que no estaba ahí cuando la enfermera andaba despierta.

Un día, el hombre de Londres había salido hasta el pueblo para regresar en una o dos horas y estar con tiempo para cubrir sus horas de vigilancia. Edward paseaba por el primer piso, del lado de la cocina cuando comenzó a escuchar unos golpes sordos en la parte alta de ese lado.

Inmediatamente presintió que era algún problema procedente del cuarto de Zoe. Subió rápidamente, encontró la puerta exterior cerrada, la abrió de un empujón y vio que la ventana estaba abierta y que la puerta de paso entre las dos habitaciones estaba trancada con una silla, igual que él la había trancado la noche de la herida de Mason y que contra esa puerta, del otro lado, eran los ruidos sordos.

Quitar la tranca de la puerta, entrar, liberar a la enfermera que estaba amordazada y con las manos atadas a la espalda, seguir las marcas de Zoe que había escalado por la ventana del cuarto de entrada, urgir a la enfermera para que bajara por los lados de los sirvientes y que gritara a todos que salieran de la casa, mientras él, Edward salía por la misma ventana que había usado Zoe, para tratar de seguirle la pista, fueron sus acciones casi simultáneas.

Salió y su impulso lo llevó hasta la azotea superior desde donde podía observar todo el techo. Desde allá vio a Zoe al borde del techo sobre el tercer piso, estirando los brazos como si fuera a volar. Él le gritó:

— ¡Zoe!, ¡espera, voy a ayudarte! —ella lo miró, soltó una carcajada terrorífica y se lanzó como si tuviera alas. Edward aterrorizado corrió hasta la escalera, sintió un olor de algo que se quemaba pero tenía afán de salvar la vida de la mujer, así que siguió bajando y llegó por un pasadizo transversal hasta el patio

en donde estaba el cuerpo. Cuando había dado dos pasos, una viga del techo del segundo piso le cayó sobre la espalda y lo tiró al suelo. su cabeza golpeó de frente contra el piso. No perdió el sentido pero todo lo vio negro. Se arrastró hasta que sintió que alguien lo levantaba y un terrible dolor en la palma de la mano izquierda que estaba quemada, de cual colgaba un trozo de cuerda que se había enredado en un bloque pesado. Esa cuerda tiraba la mano y quien trataba de sacarlo no la había visto. Así, Edward perdió la consciencia de sí mismo. Cuando despertó, estaba en el piso. El doctor a quien conoció por la voz, lo atendía mientras daba órdenes de encontrar sábanas para hacer tiras, si era posible hervir agua para enfriarla y lavar la mano y antebrazo fuertemente heridos y cubiertos de polvo sucio, antes de vendarlos, y buscar una cama para tenderlo. Toda la gente, con Anna a la cabeza colaboró.

Algunos empujaron el cadáver de la mujer sin ni siquiera verlo porque quedó completamente cubierto de escombros. Solamente se preocuparon por buscarlo cuando Edward, después de que pudo hablar y se recuperó un poco con algo de licor que el doctor le proporcionó y ya restañada la herida de la mano, le pidió a Anna que buscara prudentemente a Zoe, antes de que el doctor se fuera. Que si la encontraba sin vida, la cubriera bien y cuando el lugar estuviera libre, y el vigilante de Londres hubiera vuelto, que le pidiera a él se encargara de todo lo relativo a la enferma suicida. Si estaba viva, que inmediatamente llevara al doctor a su lado. Anna volvió casi veinte minutos después y en voz baja le dijo que nada se podía hacer, que había muerto instantáneamente al caer de cabeza contra el piso de piedra. Edward entonces pidió a Anna que fuera a la otra casa con las chicas e hiciera ordenar dos habitaciones por el momento: una para él y otra para la

enfermera. Que si no había ropa para las camas, le pidiera a Lisa que fuera a comprarla al pueblo con Tom. Que todos los sirvientes durmieran en la posada. Ella, Anna, debía ir al hotel y tomar un cuarto para ella por los días que tendrían que pasar antes de que pudieran volver a la casa. Edward insistió en que la necesitaba en el hotel. Que no lo abandonara. Anna le prometió solemnemente estar siempre lista en donde él la necesitara y comenzó por lo de las habitaciones en la casa del otro lado. Allá fue con Lisa. Luego, dirigidos por la enfermera, el hombre de Londres y Tom, a pie, llevaron a Edward en la cama hasta la habitación preparada para él. Allá con el cuidado requerido, ella los dirigió sobre cómo pasar al paciente a la cama limpia y más amplia y entró en acción para ejercer su profesión con el patrón, como su paciente.

Recuperación

A los dos días el patrón se paró usando un palo fino como bastón de ciego. Recorría la casa con la enfermera. Al tercer día pidió a la enfermera que le dijera lo más exactamente que ella pudiera qué había quedado de la casa grande, lo que ella pensara que podría recuperarse y servir aunque fuera temporalmente y que por favor pusiera por escrito sus observaciones para que él pudiera revisarlas con Anna y programar lo que se iría haciendo. Al cuarto día mandó a Tom para traer a Anna. Con ella decidió que él seguiría ahí, en esa casa teniendo como compañía permanente a Lisa y su marido, quienes debían preparar enseguida su propia habitación, la más próxima a la puerta de la casa. Anna liquidaría al hombre de Londres y enviaría con él mismo un informe de lo sucedido al médico jefe que lo había mandado, junto con muy buenos

sentimientos de gratitud y amistad. Lo sucedido no había sido culpa de nadie. Definitivamente el hecho serviría de modelo para que nadie en el futuro pudiera pensar que una enfermedad de ese tipo y grado podría manejarse en una residencia privada de personas normales. En cuanto a la enfermera, él prefería, si ella aceptaba, que se quedara dentro del personal de la casa para ayudar fundamentalmente en el área de la salud física y mental de los habitantes, pero también en otros asuntos a los cuales ella podría aportar sus saberes como cultivar plantas medicinales y preparar líquidos curativos, como enseñar a los propios y a los vecinos qué hacer en casos imprevistos: hemorragias, fracturas, intoxicaciones... etc. La enfermera agradeció y eligió quedarse. El señor Robinson le agradeció por su parte y le pidió elegir su habitación en otro sector de esa casa, para mayor independencia tanto de ella como de él en lo relativo a la proximidad de la sala y a las visitas que serían atendidas en ella.

Los obreros del campo seguían cumpliendo con sus labores. Solamente recibían un pago extra a cambio de la alimentación que la casa no les podía proporcionar mientras la cocina, sus aledaños y su personal no estuvieran en servicio.

En cuanto a Anna, él prefería que dirigiera el personal desde el hotel hasta cuando la cocina y sector del servicio entraran en funciones. Mientras tanto ella podía elegir la habitación que quisiera en esa casa para que se la arreglaran de modo que, llegado el momento, estuviera lista para ocuparla.

Algo muy importante era que él no recibiría visitas hasta nueva orden. Para eso Tom y Lisa debían evitar abrir la puerta sin expresa aprobación del dueño, aunque se disgustaran los visitantes. Muy en voz baja le dijo a Anna y a Lisa que esa medida era para todos menos el médico, el señor cura que era su

amigo, no otro cura, y la señorita Julia Tyler. Ellos no necesitaban permiso especial. Eran como de la familia.

Cuando llegara Julia, debían arreglarle a ella inicialmente, la habitación que en ese momento usaba la enfermera. Después Julia haría otro tanto y elegiría su ubicación definitiva.

De la casa grande se salvó sin mayores daños el sector completo de la cocina que era todo construido en piedra. Solamente sufrió el techo, aunque la mitad más alejada continuaba en estado aceptable, al igual que los espacios cubiertos, aunque de madera de ese sector. Seguramente el viento llevó el fuego hacia el frente de la casa y la parte de atrás, de un solo piso había salido mejor librada.

Anna nombró cinco personas para supervisar la revisión de los escombros y sacar de ahí todo lo que pudiera servir, además de objetos de valor de materiales no inflamables. Todo iba siendo anotado y colocado en uno de los cuartos de atrás que se conservaba bien, incluidas puerta y ventanas. Entre las cosas curiosamente conservadas se encontraron tres cuadernos de anotaciones de Anna, relativos a los hechos sucedidos en la propiedad en dos años sucesivos del dueño inmediatamente anterior.

Y... ¡ llegó el futuro!

En este estado de cosas, una tarde lluviosa estaban solamente Lisa y Tom cerca de la puerta, calentándose con la hoguera que habían encendido. Lo mismo habían hecho en cada cuarto de los que estaban en uso y otra en la salita de la casa, porque el otoño iba muy adelantado y el frío del norte comenzaba a calar hasta los huesos. En esas escucharon que un coche paró un

trecho antes de llegar. Tom oyó que alguien lo llamaba y se dirigió al lugar. Lisa vio venir a Julia y salió corriendo para abrazarla. Velozmente Lisa la hizo entrar y no dijo nada al patrón. Quería que tuviera la gran sorpresa. Ella iba a llevarle algo de comer, Julia lo tomó y se acercó.

— ¿Lisa? —preguntó Edward

— No, ella me pidió que le trajera esto —contestó Julia.

— Esa voz, esa vocecita dulce..., ¡habla por favor otra vez!... Ah, estoy otra vez durmiendo y soñando —dijo Edward con tristeza.

— No, no sueñas. Soy yo —le habló Julia y se agachó para acariciar la cara del enfermo.

Él atrapó la mano y resbaló la suya sobre los dedos de Julia.

— Sí son esos dedos, los conozco de memoria —luego le dijo:

— Señorita dueña de estos dedos, ¿me darías un beso de saludo?

Julia lo besó con suavidad y rapidez. No quería intrusos y no sabía quién podría aparecer. Luego él se enderezó y le dijo:

— Entonces volviste. Siempre confié en ti... Y llegaste antes de lo prometido... Es una deuda extra, así que apunta porque llegará el día del pago... y podrás cobrarlas todas —luego le apretó la mano y le quiso decir de la otra, pero ella le dijo que ya lo sabía, que lo amaba más si eso fuera posible, pero que debían ir de modo que nadie pudiera sentirse un poco escandalizado...

Ya relajados ambos, ella le dijo que traía hambre, que si él quería, podían compartir su merienda. Se asomó, llamó a Lisa y le pidió que le trajera una de las botellas de vino, el pan y el jamón, con platos y vasos.

Cenaron los dos en la salita, junto al fuego. Lisa desde la puerta observaba a su patrón reír por primera vez desde el incendio. Se retiró llorando de emoción y fue a contar a su marido y por eso ambos se sintieron contentos. Luego ella se apresuró a arreglar el cuarto que Edward había destinado para Julia y Tom encendió un fuego en él. Llevaron el equipaje de Julia y se retiraron prudentemente.

Cuando fue la hora, se acercaron para decir desde fuera ¡Buenas Noches!. Edward preguntó por el cuarto para Julia. Lisa le dijo que todo estaba listo como él había dispuesto. Edward y Julia contestaron el 'Buenas Noches' a sus amigos Lisa y Tom.

Esa noche Julia supo todo lo sucedido con Zoe y con la casa y también supo que Edward había recibido su carta y que había pensado exactamente igual que ella y agradecido mucho esa ayuda de la profesora Temple. Tendrían que ir a verla en un futuro no muy lejano. Era una persona de gran valor humano y esa era la clase de amistades que realmente valen en la vida de alguien.

Edward también supo que un tío de Julia la había hecho rica pues le dejó una herencia de cinco mil libras. Además supo de las primas de Julia recién encontradas y del primo cura que se la quiso llevar para India como 'misionera'. Ella no añadió lo de 'esposa'. No iba a ponerlo en contra de su familia con un dato que no tenía ninguna importancia.

Esa misma noche, la dueña de la posada en Doncaster fue a visitar a la señora Anna para contarle que la señorita Julia estaba en la casa de 'Los Planos', como ella siempre llamaba a la propiedad Robinson.

Una mañana, al día siguiente de una visita que hicieron juntos al párroco amigo, Edward y Julia madrugaron y salieron con Lisa y Tom para la iglesia. Después de terminado el oficio, el cura amigo los casó. Los contrayentes y los testigos firmaron el certificado, volvieron a la casa y entraron sin decir nada, aparte de que habían ido a los servicios religiosos.

Un mes después celebraron una fiesta en la sala reconstruida de la casa grande, a la cual, además de todos los amigos de la región, asistieron como invitados especiales las primas Smith y la familia Joyce. Ya no hubo invitadas elegantes y seductoras de otras ciudades.

Seis meses más tarde Edward había recuperado un sesenta por ciento de visión en el ojo izquierdo y un veinte en el derecho. Sobre su muñón usaba una mano enguantada, lo mejor que lograron los científicos y artesanos del momento. Estaba listo para ser padre y colaborar a la hora de ayudar a dormir un bebé que se anunciaba.

Después de cuarenta años sin retoños Robinson en 'Los planos de Goldthorpe', llegó un heredero fuerte que dificultaba el sueño y entorpecía el funcionamiento de la casa con sus gritos y sus sonrisas. Edward el pequeño, fue el hermano mayor de una preciosa Julianne y un pequeñín Arthur.

Anna Brown continuó siendo la Invencible Ama de Llaves, abuela y bisabuela de los Robinsones, por nombramiento vitalicio.

FIN DE "JULIA TYLER"

Montreal, Marzo 2021